

La  
conquista  
del  
**ESPACIO**  
se

# LOS CONQUISTADORES DE RUDER A. Thorkent

## CIENCIA FICCION



Los pasillos estaban llenos de humo y se olía a metal derretido, ropas y carne quemada. El oficial Prakol corría por ellos, dando tumbos y agarrándose a los asideros de la pared. Tosía y tenía los ojos enrojecidos. Parecía que nunca iba a llegar al puente de mando, y no sabía si iba a encontrarlo aún en servicio. Desde hacía unos minutos todo el sistema de comunicación interna se había interrumpido y en las torretas se carecía de toda información del almirante.



A. Thorkent

# **Los conquistadores de Ruder**

**Bolsilibros: La conquista del espacio - 83**

ePub r1.0

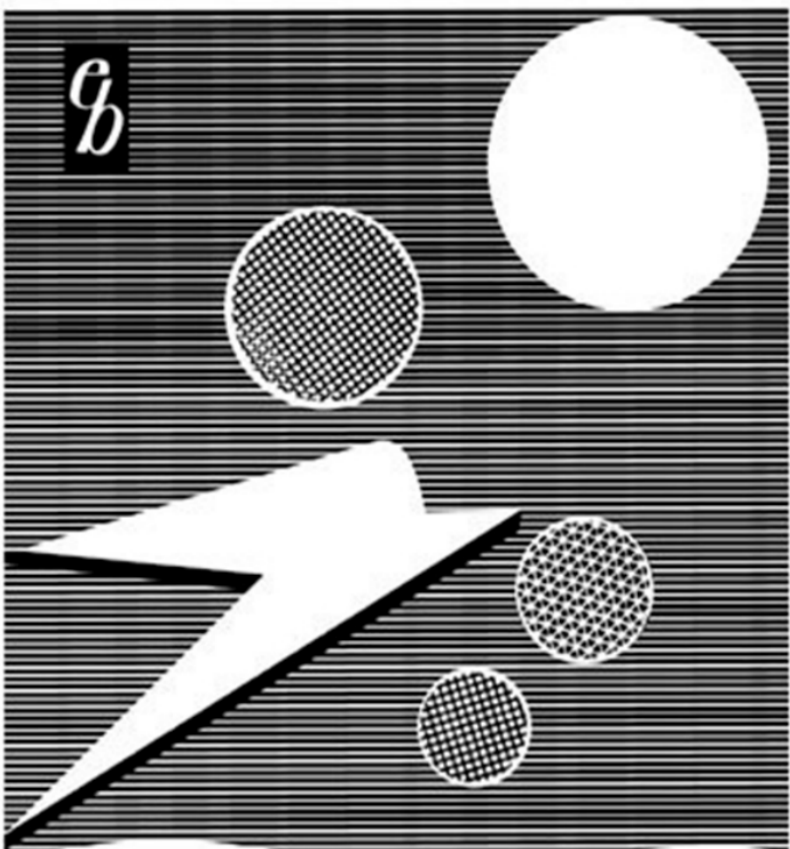
Titivillus 10.09.2019

A. Thorkent, 1972

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



eb

A stylized graphic featuring a large white rocket launching upwards against a background of horizontal lines. The rocket is depicted with a thick black outline and a white body. Above the rocket, there are four circular celestial bodies: a large solid white circle in the top right, a medium circle with a cross-hatch pattern in the top left, a smaller circle with a star pattern in the middle right, and another medium circle with a cross-hatch pattern in the bottom right. The entire scene is set against a background of horizontal lines.

# LA CONQUISTA DEL ESPACIO

# **LOS CONQUISTADORES DE RUDER**

**A. THORKENT**

Conocidas o no por sus miembros, el Orden Estelar respetará las leyes nativas de cualquier planeta que ofrezca un coeficiente de 0,5 de civilización y goce de solvente independencia.

(De Normativa Galáctica del Orden Estelar)

# 1

Los pasillos estaban llenos de humo y se olía a metal derretido, ropas y carne quemada.

El oficial Prakol corría por ellos, dando tumbos y agarrándose a los asideros de la pared. Tosía y tenía los ojos enrojecidos. Parecía que nunca iba a llegar al puente de mando, y no sabía si iba a encontrarlo aún en servicio. Desde hacía unos minutos todo el sistema de comunicación interna se había interrumpido y en las torretas se carecía de toda información del almirante.

Prakol había dejado su puesto de artillería al mando del teniente Lira y corría a lo largo del acorazado. Los ascensores tampoco respondían a su llamada, por lo que al llegar hasta la puerta acerada que daba acceso al puente, además de moral, estaba agotado físicamente.

Había corrido tan aprisa como pudo. Aquel esfuerzo, unido al denso humo que invadía el acorazado, aparte de que el sistema de ventilación funcionaba apenas al cincuenta por ciento de su capacidad, eran motivos suficientes para hundir al hombre de mayor fortaleza.

Y Prakol estaba considerado como uno de los hombres más fuertes de la tripulación del acorazado insignia Averno, de la armada ruderiana.

Cuando después de golpear insistentemente la pesada puerta de acero le permitieron la entrada desde el otro lado, dos soldados tuvieron que llevarle a rastras a la presencia del almirante. Con dificultad, Prakol se incorporó y saludó a su superior.

El aspecto del almirante no era mejor que el del capitán. Su rutilante uniforme amarillo estaba sucio, manchado por todas partes. Su rostro tenía un vendaje en la frente y presentaba chamuscada la densa barba blanca.

—¿Qué sucede, capitán? —preguntó el almirante, con aparente

tranquilidad pese a la seriedad de la situación.

—Estamos disparando a ciegas los cañones, señor —dijo Prakol después de aspirar con ansiedad el aire en el puente de mando, que parecía ser mejor que en el resto del acorazado.

—Sí, lo comprendo —asintió el almirante—. No podemos comunicarnos con ustedes. ¿Pensó que el enemigo había conseguido volar el puente?

Preguntándose Prakol si alguna vez el almirante perdería su sangre fría, asintió en silencio.

—La situación es delicada —admitió el almirante—. Cada una de nuestras unidades pelea por su cuenta, sin poder coordinar el esfuerzo con las demás. También el enemigo parece estar bastante castigado; pero eso no podemos saberlo ni nos importa demasiado si no podemos estar seguros de una victoria rotunda.

—Nos faltan artilleros, señor —dijo Prakol—. Por eso he venido hasta aquí. Todas las baterías de babor están necesitadas de hombres de refresco. Apenas si disparamos con la cuarta parte de nuestros efectivos. Y esto puede inclinar la batalla a favor del enemigo. Si continuamos así mucho tiempo, entonces no necesitaremos los artilleros porque no existirán piezas que disparar.

El almirante sacó un pañuelo del bolsillo y trató de limpiarse un poco la suciedad que cubría su rostro. Entonces Prakol se percató que una sección del puente de mando debió de estar ardiendo hasta hacía poco tiempo. Algunos hombres terminaban los conatos de fuego, mientras otros retiraban los cadáveres carbonizados. También allí debieron pasarlo mal durante el primer y furioso ataque de los rebeldes.

—No hay reservas, capitán —respondió, lúgubrememente, el almirante—. Tendremos que arreglarnos con los hombres que disponemos.

Aquella noticia cayó como un mazazo sobre el capitán. ¡Y el almirante se lo anunciaba como si tal cosa! ¿Es que no comprendía que si no utilizaban todo el grandioso poder ofensivo del acorazado nunca podrían salir de aquella trampa, reunirse con el grueso de la armada y dar a los rebeldes lo que se merecían?

—Pronto restablecerán el sistema de emergencia de comunicación, capitán —dijo el almirante—. Esperemos que esto alivie la situación.

Sí, era importante contar con medios de comunicación dentro de la nave, pero mucho más lo era disponer de brazos para manejar los cañones.

—Aún podemos hacer algo, almirante.

Éste dejó de observar el trabajo de los hombres retirando a los muertos. Se volvió hacia el capitán y le preguntó:

—¿Qué sugiere, capitán?

—Tenemos los hombres de la sala de máquinas.

—¿Ésos? Le creí más juicioso, capitán.

—Allí hay más de cien hombres —insistió Prakol—. Con menos de quince bastará para hacer funcionar durante diez horas los inyectores de protoplasma. Tendremos ochenta o cien hombres para poner en funcionamiento todas las piezas que ahora no pueden disparar. ¡Tenemos que reemplazar a los que murieron en el primer ataque!

—¿Olvida quiénes son esos hombres? La mitad no son ruderianos. Y ninguno de ellos es capaz de dar su sangre por nuestra causa.

—Ya habrán adivinado que si el Averno es destruido, morirán. Lucharán por sus vidas.

El almirante se rascó su quemada barba.

—Es posible que no sea un disparate lo que dice. ¿Recuerda que la mayoría son prisioneros de Ruder y que odian a los ruderianos con toda su alma? A algunos les parecerá poco salvar la vida tan sólo.

—Podemos ofrecerles también la libertad.

—Eso no está a mi alcance, capitán. Lo que yo les ofrezca puede ser revocado por el príncipe.

Impaciente por la pérdida de tiempo, Prakol se atrevió a insinuar:

—Nadie se acordará de ellos si salimos con vida del combate. Podemos dejar en cualquier planeta a los sobrevivientes que consientan en ayudarnos y decir que murieron.

El almirante terminó por sonreír.

—Si salimos con vida, capitán, terminaremos en la cámara desintegradora o colmados de honores. Está bien. Vaya usted mismo a hablar con los hombres de la sala de máquinas.

Prakol agradeció con una expresiva mirada al almirante sus

palabras.

—No le pesará, señor.

—Dese prisa. —Un técnico se acercó a ellos, haciendo una señal convenida y el almirante añadió—: La comunicación interna ya está restablecida. Pronto podremos también dar órdenes a las demás unidades de la armada.

El capitán saludó y descendió los escalones. Estaba llegando a la salida cuando una gran explosión sacudió al acorazado. Desde arriba, el almirante le gritó:

—Espero que sus «voluntarios» sean unos buenos artilleros.

Antes de salir, Prakol hizo seña a dos soldados armados con pesados rifles energéticos para que le acompañaran.

Al salir del puente y entrar en los corredores, el capitán comprobó con cierto alivio que el pesado y pestilente humo estaba siendo aspirado por los ventiladores.

Corrieron escaleras abajo al llegar a ellas, hasta entrar en la sala de máquinas, después que Prakol hubo roto los sellos de la puerta.

Dentro el ambiente era más pesado. El olor a grasa, aceite y sudor fatigó de inmediato a los tres hombres. El capataz de la sala de máquinas corrió al encuentro de los recién llegados. Sólo vestía unos pantalones cortos. Todo el resto de su cuerpo, desnudo, brillaba de sudor y lubricante.

—¿Qué es esto, capitán? —preguntó a Prakol, extrañado.

Nunca en su larga carrera como oficial de máquinas había sido testigo de que un capitán entrase allí con dos soldados armados. Los sellos de la puerta sólo se rompían después del combate.

Prakol miró al capataz. Era uno de los pocos hombres que allí había que no eran prisioneros del Reino de Ruder. Por tal motivo lucía un arma colgada al cinto, que posiblemente en más de una ocasión había tenido que usar para aplacar los ánimos de los peligrosos hombres que allí trabajaban, en el peor puesto del acorazado.

Cuando una nave de guerra era tocada, los tripulantes podían salvarse, pero nunca lo conseguían los hombres prisioneros de la sala de máquinas. Sólo el capataz y sus ayudantes disponían de una falúa de salvamento.

El capitán, sin hacer caso al capataz, se acercó a la barandilla metálica, mirando hacia abajo para observar a los hombres que

trabajaban entre las grandes máquinas que infundían vida al enorme navío estelar de guerra.

Desde todos los rincones de la sala, cerca de un centenar de pares de ojos se volvió para mirar al oficial. Prakol tomó un micrófono y habló por él para que su voz llegase a toda la sala de máquinas, ahogando el ruido de los motores.

—Prisioneros de Ruder, escuchadme. Soy el capitán Prakol y vengo a ofreceros no sólo la vida, sino también la libertad.

Un mecánico se acercó hasta cerca de la barandilla que ocupaba Prakol, gritando:

—Ahórrate palabras y ve al grano, hijo de perra.

Los ayudantes del capataz intuyeron que algo grave podía ocurrir y sacaron sus porras eléctricas. También los soldados que acompañaban a Prakol levantaron sus armas y apuntaron.

—Está bien —asintió el capitán mordiéndose los labios. En otras circunstancias hubiera ordenado que aquel insolente fuese azotado hasta morir—. Necesitamos artilleros. Quienes deseen servir a Ruder y a su Serenísimo Príncipe recobrarán la libertad cuando termine este combate.

El prisionero soltó una carcajada. Volviéndose a sus compañeros, les dijo:

—¿No escucháis esto sin desear vomitar, amigos? El lacayo del príncipe nos propone que luchemos a su lado nosotros, la escoria de los planetas que dominan.

—Estúpido —dijo el oficial, conteniendo sus deseos de empuñar su pistola y matarlo—. El Averno corre grave peligro. Todos moriremos, ruderianos y prisioneros, si no combatimos juntos. Si nos ayudáis podemos vivir y vosotros recobrar la libertad. En caso contrario, si perdemos la lucha, el final será igual para todos.

Prakol se alegró de no haber matado a aquel hombre que le hablaba con tanta insolencia. Parecía ser el líder de los prisioneros que trabajaban en la sala de máquinas. Todos los hombres le dejaban a él, al parecer, la decisión de aceptar la propuesta o no.

El capataz susurró al oído del oficial:

—Es Drem Domar, un sujeto peligroso. Sus compañeros le admiran... o temen. Harán lo que él diga. Pero no se fíe de Drem.

El oficial de Ruder se dirigió de nuevo a aquel hombre llamado Drem Domar:

—Os prometo, en nombre del almirante, la libertad si combatís con arrojo y eficacia. Y a ti, Drem, se te entregarán además doscientas unidades de platino.

—Y un pasaporte —añadió Drem.

—De acuerdo —asintió el oficial, cada vez más furioso, pero deseando acabar con aquel regateo de una vez.

A sus compañeros de prisión, Drem les dijo:

—Ya lo habéis oído, amigos. Algunos de vosotros conocéis un cañón de energía tan bien como nuestros cerdos amos. ¿Les demostraremos que somos mejores que ellos y que si salimos ilesos de esta trifulca se lo deberán a unos desharrapados prisioneros?

Un griterío de asentimiento acogió las irónicas palabras de Drem, quien agradeció aquella muestra de afecto de sus compañeros con las manos en alto; el prisionero salvó la barandilla metálica y se plantó ante Prakol.

—Ya tienes hombres para los cañones, oficial. Pero, por los dioses, te aconsejo que no hayas mentido al prometernos la libertad.

—¿Dudas de la palabra de un oficial de la armada ruderiana? —preguntó con desdén Prakol.

—Es cierto. Dudo de ti, como de todos los de tu ralea.

—Entonces haces mal en ofrecerte voluntario. No combatirás con ardor.

—Aun sin prometernos dejarnos libres hubiéramos accedido.

—¿Tanto apreciáis vuestras vidas? —preguntó, un tanto sorprendido, el oficial—. ¿Tan hermosa os parece, incluso encerrados para siempre aquí? Si no me equivoco, habéis sido condenados a trabajos forzados de por vida.

—Sí. Yo debía morir en la cámara desintegradora, me libré de ella para servirlos en las salas de máquinas de los acorazados.

—¿Entonces...?

—Conservamos la esperanza de ver algún día cómo el Reino de Ruder se consume entre las llamas del infierno.

—No hagas que lamente haberte hecho la promesa, Drem Domar —masculló el oficial.

Los hombres salían de la sala. Habían llegado más soldados que se estaban encargando de llevarlos hasta los distintos puntos donde estaban instaladas las baterías. Drem, antes de unirse a los suyos, dijo a Prakol:

—Yo sí lamento tener que combatir, para salvar la vida, a vuestros enemigos, los que en realidad debían ser nuestros amigos. Es algo que temo me corroa la conciencia en el futuro.

—Ésos son cochinos rebeldes que no merecen piedad. Su planeta, Ohbur, será convertido en un sol cuando acabemos con su flota.

—Al menos son capaces de defenderse mejor que nosotros cuando tu príncipe decidió conquistar nuestro pacífico planeta.

Prakol escupió:

—Sólo erais unos miserables campesinos cuando nuestras invictas naves llegaron a vuestro mundo. Tú serías un hombre libre y feliz, trabajando para la grandeza del príncipe si no hubieras cometido el delito por el cual te condenaron primero a muerte y luego a trabajos forzados.

Drem no quiso responder. No conduciría a nada. Se unió a sus compañeros. Junto con seis de ellos, fueron dejados dentro de la esfera metálica donde estaban colocadas las cuatro grandes piezas de artillería. Allí quedaron un sargento y un oficial, que armados no dejaban de vigilar los movimientos de los prisioneros.

El acorazado Averno, repuesto de las graves averías causadas por el inesperado ataque de la flota rebelde, volvía al lugar de la batalla.

Los prisioneros se ocuparon afanosamente de tener siempre dispuesto el cuádruple cañón para que el oficial encargado de él pudiese activarlo cuando el enemigo estuviese bajo la mirada de sus aparatos de detección.

Los cañones ya estaban dispuestos y la nave próxima a entrar en el área espacial de la lucha. Todos esperaban que el oficial entrase en la esfera adosada al casco del acorazado.

Con mal disimulado disgusto, Drem comprobó que el capitán Prakol penetraba en el recinto, sonriendo malignamente al líder de los prisioneros. Subiéndose a su pupitre con los aparatos de detección, dijo a Drem:

—Sí, yo soy el oficial encargado de estas piezas. Te destiné aquí porque deseo vigilarte personalmente.

Deseando ofenderle vivamente, Drem replicó:

—No soy exigente para las bestias; me da igual una que otra.

Enseguida, ante la mirada furiosa de Prakol, Drem se arrepintió

de sus palabras. A veces se dejaba llevar por su violenta personalidad. Nada iba a ganar irritando al oficial. A causa de su carácter había sido condenado a trabajos forzados después de librarse de la cámara desintegradora. Había olvidado que seguía siendo un prisionero y que con aquella actitud sólo lograría empeorar su situación.

—Te arrepentirás de tus ofensas —masculló entre dientes el oficial.

Drem volvió a prestar su atención a la carga de energía que debía entrar en el tubo catódico, donde una andanada de láser debía propulsarla contra las naves enemigas que volvían a la carga, confiadas en asestar el golpe definitivo a las sorprendidas unidades de combate del Reino de Ruder.

## 2

La batalla, que había comenzado bajo los mejores auspicios para las naves rebeldes de Ohbur, empezó a inclinarse lentamente a favor de los poderosos acorazados del Reino de Ruder.

Al cabo de varias horas de combate, los ohburianos comprendieron que sólo con valentía no podía ganarse una batalla, si apenas se contaba para la guerra con viejas naves de transporte adaptadas. La mayor técnica ruderiana fue imponiéndose de forma paulatina pero inexorable.

Aunque pareció que los ruderianos no podrían recuperarse después de la primera embestida de Ohbur, la flota rebelde se vio sorprendida por un violento contraataque. Los acorazados reales, que habían empezado a mostrar cierta debilidad en su fuego, recobraron la plena potencia de éste. Sobre todo el acorazado insignia: el Averno irrumpió demoledor entre las filas ohburianas.

Mientras las maltrechas naves rebeldes supervivientes se retiraban a su planeta perseguidas por los acorazados de Ruder, el almirante ordenó que las unidades más averiadas no siguiesen tras las fugitivas. Y como el Averno tenía algunas averías de consideración, se quedó junto con algunas decenas de otras naves a una distancia de unos diez millones de kilómetros de Ohbur.

El almirante estaba pletórico de satisfacción. Las naves que perseguían a las fugitivas sólo llegarían hasta trescientos mil kilómetros del planeta rebelde. Hasta allí destruirían las que pudieran, y luego regresarían junto al grueso de la armada. No tenían órdenes de invadir el planeta Ohbur; sólo de destruir su flota. Y esto lo habían conseguido. Ahora debían regresar a Ruder a restañar las heridas sufridas.

Ohbur era una fruta madura que pronto caería del árbol. Había que tener paciencia.

Dentro de la esfera, Drem y sus compañeros yacían derrumbados en el suelo, vencidos por la fatiga del combate. Durante ocho largas horas habían servido al insaciable cuádruple cañón, que, sin cesar, el oficial Prakol se encargaba de disparar contra las naves enemigas.

El capitán sonreía complacido. Lo que tan mal había comenzado concluyó con un felicísimo resultado. Y pensó que él tenía gran parte en aquel final, al proponer al almirante la utilización del elemento prisionero. De no haber sido por la ayuda prestada por ellos, tal vez el resultado de la batalla hubiera sido otro muy distinto.

Entonces reparó en la figura cansada y sucia de Drem. No había olvidado las palabras insolentes con que antes le ofendiera el prisionero. Recomendando la vigilancia a los soldados, salió de la esfera camino al puente de mando, en donde, además de recibir la felicitación del almirante, deseaba exponer un detallado informe acerca del comportamiento de los prisioneros.

Drem vio salir de la esfera artillada al capitán. Había percibido en el oficial la mirada irónica que le dirigió al marcharse. No le gustaba aquello.

Fingiéndose más cansancio del que sentía, se levantó y pidió al sargento que les vigilaba un poco de agua. La atmósfera seguía siendo densa dentro del acorazado, y tenía la garganta seca. El sargento envió al soldado en busca de agua. Drem, a su lado, estaba apoyado contra la pared y pareció resbalar de ésta al suelo, quedándose allí gimiendo y solicitando agua entrecortadamente.

Los demás prisioneros observaban a Drem un tanto confundidos. Nunca habían visto a su líder tan desfallecido. El sargento también sudaba y se secaba el rostro con la manga de su guerrera.

De improviso, Drem se levantó como un rayo y agarró al sargento por el cuello, derribándolo y colocándose sobre él. El sargento era fuerte y Drem comprendió que el soldado volvería pronto con el agua. Sus dedos oprimieron con fuerza el cuello de su presa.

La pierna de su contrincante se apoyó contra el estómago de Drem, quien puso más fuerza en la presión de sus dedos alrededor de la garganta.

Drem hizo un supremo esfuerzo cuando descubrió que la mano derecha del sargento bajaba hasta la funda de su pistola y empezaba a extraerla. No le dio tiempo a terminar de desenfundarla. Contrayendo los músculos, sus dedos convertidos en garras terminaron la labor. El sargento sufrió una violenta convulsión y ofreció su cuerpo desmadejado a la furia de Drem.

—¿Qué has hecho, Drem? —preguntó uno de los prisioneros ayudándole a incorporarse.

—Estás loco —dijo otro—. Nos prometieron la libertad... Ahora nos matarán.

—No seáis ilusos —jadeó Drem—. No pensaban cumplir nada.

Cogió al sargento por los sobacos y lo ocultó detrás de las piezas. Luego indicó a sus compañeros que se tumbaran en el suelo, aparentando el mismo cansancio que antes.

Cuando regresó el soldado con unas botellas de agua y sus ojos recorrieron la esfera buscando al sargento, Drem, desde el suelo y alzando las manos para alcanzar el agua, dijo:

—Alguien vino a buscar al sargento. ¡Dame el agua!

El soldado entregó las botellas y se apostó junto a la puerta de salida, aún sin poderse explicar cómo el sargento había dejado el puesto. Pensó que tal vez considerara a los prisioneros demasiado cansados para intentar algo. Bien, de todas formas, ¿qué podían hacer dentro de una nave acorazada?

Drem hizo un guiño a sus compañeros. En su mano izquierda tenía la pistola del sargento. Sospechaba que pronto iba a necesitarla, si es que sus presentimientos no le habían jugado una mala pasada. Si así era, le iba a servir para levantarse la tapa de los sesos. No estaba dispuesto a seguir siendo prisionero para cuando descubrieran el cadáver del sargento.

Al cabo de unos minutos regresó el capitán Prakol. Se apoyó sobre el quicio de la puerta. No se percató de la ausencia del suboficial. Toda su atención recayó sobre Drem, a quien dijo:

—El Reino de Ruder y su Serenísimo Príncipe os agradecen la colaboración prestada, hombres. Ahora os necesitamos para que regreséis a la sala de máquinas. El capataz y sus ayudantes están ansiosos porque así sea. Es demasiado trabajo el que tienen ahora ellos.

Drem bajó la mirada, no queriendo cruzarla con la de Prakol.

Uno de los prisioneros medio se incorporó y el capitán, extrayendo su pistola, le apuntó.

—Quieto ahí —amenazó.

—Habéis ganado la batalla. ¿Qué pasa con nuestra libertad?

—El almirante ha reconsiderado su oferta. Piensa que era demasiado generosa y cree, con buen juicio, que será efectiva cuando Ohbur caiga totalmente bajo nuestro poder. Entonces seréis libres.

—Nos habéis engañado —escupió el prisionero.

Prakol sonrió, burlón.

—Pensad que he cometido un pequeño error. Donde dije batalla debí haber dicho guerra. Eso es. Cuando la guerra contra Ohbur termine con la victoria de las armas ruderianas, seréis libres. No antes.

—Cochino ruderiano —empezó a decir el hombre, mientras terminaba de incorporarse y avanzaba hacia Prakol.

—Te dije que te quedases quieto —dijo el capitán.

Drem oyó cómo la pistola de Prakol se montaba para disparar y ya no lo dudó más. Su mano salió rápida de entre sus ropas y por dos veces disparó contra el capitán.

Prakol recibió la muerte con una mirada de sorpresa en el rostro. Su cuerpo se derrumbó al suelo, convertidos piernas y tronco en masas de carne y huesos quemados.

El soldado giraba su rifle de energía hacia Drem cuando éste volvió a disparar. El haz de energía de la pistola del prisionero se estrelló primero contra el rifle —al que fundió en una cascada de metales derretidos— y luego contra el cuerpo del desdichado, en el cual incrustó una parte del metal líquido.

El grito de dolor que profirió el soldado fue tan grande que Drem temió que fuese oído hasta en el mismo puente de mando.

—Levantaos —ordenó a sus compañeros—. Debemos liberar a los demás.

—Temo que te hayas vuelto loco, Drem —sonrió uno de aquellos hombres—; pero esta clase de locura me agrada.

Salieron al pasillo y penetraron como una tromba destructora dentro de otra cabina de artillería. Drem, que iba el primero, se hizo rápido cargo de la situación y fulminó a los dos guardias armados que custodiaban a los prisioneros.

Drem dijo que tomaran las armas de los muertos y dividió a sus hombres en dos grupos. Cada uno de ellos iría recorriendo los diversos puestos artilleros de babor, hasta terminar de apoderarse de aquella parte de la nave.

Luego debían apoderarse del puente de mando, si la suerte continuaba sonriéndoles como hasta entonces.

Solamente la confusión que se adueñó del acorazado Averno después de la lucha en el espacio, permitió a Drem y los amotinados terminar de libertar a todos los condenados de babor, conseguir un buen número de armas y empezar a pensar seriamente en la posibilidad de obtener la libertad que les había negado el almirante.

Rodeado por los condenados, Drem procuró calmar su entusiasmo.

—Aún queda por hacer lo más difícil, amigos. Si no conseguimos apoderarnos del puente de mando, seguiremos tan prisioneros como antes. Recordad que estamos rodeados por naves de Ruder.

—¡Al puente de mando, a por el almirante! —gritó un hombre.

—Yo lo arrojaré al espacio, sin escafandra, claro —prometió otro, ante la hilaridad de sus compañeros.

—Nadie tocará al almirante —afirmó Drem—. Olvida tus proyectos, Nefen. Lo necesitaremos vivo.

—No te vuelvas blando, Drem —contestó socarrón Nefen.

—Será nuestro salvoconducto hasta que lleguemos a Cetso.

El nombre de Cetso, el planeta libre que comerciaba con todos los mundos de aquella parte de la galaxia, dibujó una sonrisa de placentera esperanza en los rostros sucios y sufridos de los condenados. Allí no podría alcanzarles la venganza de Ruder.

—Veo que la perspectiva de ir a Cetso os agrada —sonrió Drem—. Si queréis conseguir eso debéis obedecerme. Ya habéis visto cómo los ruderianos no pensaban cumplir con su palabra. Ahora debemos obrar con cautela, para no perder lo que hemos conseguido. Faltru, necesitaré de tu habilidad.

Un hombre corpulento se adelantó, diciendo:

—¿Qué necesitas de mí?

—Sobre el puente de mando está el computador que gobierna la nave. Necesito que lo desconectes del mando central del almirante. Es imprescindible que no puedan comunicarse con los demás acorazados, para evitar que nos intercepten. Recordad que no

podremos viajar a velocidad supralumínica hasta que salgamos del radio de acción de esta estrella. Si conseguimos tal cosa, nada nos impedirá llegar a Cetso.

Drem indicó a una docena de hombres que acompañasen a Faltru hasta la cámara del computador. Luego dividió el resto de su pequeño ejército en dos. Nefen tomó el mando de una parte, y los demás marcharon con él en cabeza hacia el puente de mando. Nefen cuidaría que no acudiesen en ayuda del puente las demás dependencias y niveles de la nave.

### 3

Dos hombres condujeron al almirante ante Drem sin ningún miramiento.

—Esto les costará caro —chilló el almirante, que definitivamente había perdido su serenidad.

Drem le respondió con una insolente sonrisa. Estaba sentado precisamente sobre el sillón del almirante, desde el cual dominaba y gobernaba la nave en el puente de mando.

—Nos mintió, almirante. El capitán Prakol dijo que usted nos libertaría tan pronto como la batalla terminase victoriosa para Ruder. Fue mentira. El capitán ya pagó con su vida el haber querido engañarnos —dijo Drem lentamente.

Las palabras sonaron a los oídos del almirante como cargadas de funestos presagios para él.

—¿Quiere decir que me va a matar a sangre fría?

—No use tales términos. ¿Por qué no una ejecución? Ustedes han llevado a cabo muchas contra mis compatriotas, ¿no?

Ante la palidez del almirante, Drem agregó:

—Pero no tema. Le necesitamos vivo para salir de aquí. Hasta el momento los demás acorazados no se han percatado de que en el Averno ha estallado una revuelta y ha triunfado. Con su ayuda, almirante, saldremos hasta el espacio libre, donde podamos viajar a mayor velocidad que la luz hasta Cetso, en donde encontraremos la definitiva libertad mis compañeros y yo.

—Sueña si piensa que colaboraré con ustedes —respondió altivo el almirante.

Drem sonrió.

—Faltru era un hombre de ciencia en mi planeta. Él hará, con el uso de unas drogas, que usted se convierta en nuestro más leal servidor. No será su comportamiento muy natural, pero sí convincente si tengo que ponerle delante de un visor para que

ordene a sus comodores que nos dejen el paso libre. Ellos no sospecharán que es nuestro prisionero.

Faltru, quien después de su eficaz labor en la cámara del computador había regresado al puente de mando, asintió ante las palabras de Drem.

—Seguro que así será —dijo—. Ya he visto el laboratorio del acorazado y disponemos de lo suficiente para fabricar la droga en unos minutos, Drem.

—Pues mano a la obra. Llévate al almirante y tráemelo bien amaestrado.

El científico se marchó seguido por el almirante, escoltado por dos hombres armados que no perdían ocasión de propinar golpes al militar.

—Lo van a magullar demasiado —opinó Nefen, fingiendo preocupación.

Drem se encogió de hombros.

—Mientras no alteren su rostro... Será lo único que verán los demás jefes de acorazados por la pantalla visora.

Nefen rió sonoramente. Ya se había apoderado de la caja de cigarros del almirante y los repartía a todos los que pasaban por su lado y que se dedicaban a retirar los muertos habidos en la corta pero feroz lucha por la posesión del puente de mando.

—Estuviste magnífico conteniendo las tropas enemigas que subían en ayuda del puente —le dijo Drem, aceptando uno de aquellos cigarros.

—Bah, no tuvo importancia —respondió Nefen—. Tan pronto como hablaste por los altavoces anunciando que el almirante se había rendido, arrojaron las armas. No eran muchos tampoco, y estaban hartos de tanta lucha.

—Cuando hayamos alcanzado el punto adecuado para viajar a velocidad supralumínica, los embarcaremos en un par de chalupas. No quiero llevar prisioneros.

—Ellos no hubieran sido tan nobles con nosotros, Drem —dijo muy serio Nefen—. De haber fracasado la revuelta nos hubieran arrojado al espacio o a los hornos de plasma.

—Es posible —respondió Drem, aunque estaba seguro de que Nefen tenía toda la razón—. Pero matar por matar me desagrada. Además, llevándolos con nosotros hasta Cetso sólo conseguiríamos

crearnos problemas. Los cetsonianos son muy celosos de su neutralidad y suerte tendremos si consienten que aterricemos en su planeta con este acorazado de Ruder.

—No te preocupes por eso. Los de Cetso devolverán el Averno a Ruder después de obtener una prima de rescate. Harán incluso buen negocio a nuestra costa. Ya sabes cómo son, ¿no?

Algunos hombres se acercaron para informar que los trabajos de limpieza estaban concluidos. El capataz y sus guardianes, convertidos ahora en prisioneros, habían accedido a trabajar en la sala de máquinas, llenos de miedo por cierto, pero contentos de salvar por el momento el pellejo.

Drem descendió del asiento del almirante y recorrió el puente. Los hombres más capacitados estaban instalados en los puestos vitales. Muchos de ellos habían servido en naves mercantes antes de ser hechos cautivos y Drem confiaba en su eficacia. Incluso se habían puesto uniformes ruderianos. Si se establecía comunicación visual con las demás naves, quienes les observasen no debían descubrir nada alarmante en el puente de mando del Averno.

—Tan pronto como Faltru nos termine de preparar al almirante, daremos la orden de partida —dijo Drem.

Temía que el tiempo pasase y en los demás cruceros se impacientasen ante el silencio de la nave insignia. Drem sabía que los demás oficiales ruderianos no vacilarían en destruir al Averno, con su almirante y la tripulación superviviente. La disciplina dentro de la armada de Ruder no podía ser más férrea al respecto.

Minutos más tarde Faltru retornó al puente. Le seguía el almirante, que caminaba con pasos inseguros.

—Está dispuesto —dijo Faltru señalando al ruderiano.

—¿Nos ayudará, almirante? —preguntó Drem.

—Les ayudaré. Estoy a su servicio —replicó el almirante. Su voz sonaba algo carente de entonación, pero sería bastante convincente si alteraban un poco la claridad en la retransmisión del sonido. Aquello no ofrecería problema alguno.

—Magnífico —asintió Drem—. Celebro su espíritu de colaboración. Ahora, cuando en la pantalla aparezca la imagen de su vicealmirante, dígame que los demás acorazados deberán aguardar el regreso de los que fueron a perseguir a los rebeldes. El Averno ha recibido un urgente mensaje del Serenísimo Príncipe

para que vuelva de inmediato a Ruder.

—¿No sospecharán algo? —preguntó receloso Faltru.

—No. Están acostumbrados a las reacciones inesperadas del príncipe. El almirante irá a la capital a recibir instrucciones y terminar de reparar las averías. La totalidad de la armada podrá volver tan pronto se reincorporen los demás acorazados. ¿Ha comprendido, almirante?

—Sí, he comprendido —contestó éste con su voz un tanto mecánica.

Drem le condujo hasta el asiento privilegiado del puente. Del techo descendió una pantalla de televisión. El hombre encargado de establecer la comunicación hizo un movimiento de cabeza a Drem y éste dijo al almirante:

—El vicealmirante ha sido solicitado para que hable con usted. Dígale lo que le he dicho. Sea lacónico. No permita que el vicealmirante comente la lucha. Corte tan pronto reciba acuse de que sus instrucciones serán obedecidas.

La pantalla se iluminó y el rostro del vicealmirante apareció en ella. Drem se apartó enseguida de su campo de visión. Los hombres guardaron total silencio, quizá temerosos de que la droga no surtiese efecto. ¿Fingía el almirante estar en trance? No podía ser. Faltru debía haberse asegurado, sin duda.

—El Averno regresará a la capital, vicealmirante —dijo el comandante en jefe de la armada a la imagen de la pantalla.

—¿Sucedé algo, señor? —preguntó el vicealmirante.

—He recibido una comunicación de su Serenísimo Príncipe. Me reclama en Ruder. Usted esperará el regreso de las unidades que fueron tras los fugitivos. Cuando se reagrupen, puede disponer la vuelta a la base. Es todo.

Drem se mordió los labios. La droga no fallaba, pero imprimía en la voz del almirante un excesivo tono mecánico. Entonces recordó que en los demás acorazados la estarían escuchando con interferencias y se sintió aliviado.

—Así se hará, señor —respondió el vicealmirante inclinando levemente la cabeza.

El jefe de los rebeldes cautivos no quiso arriesgarse más e indicó al técnico que cortase la comunicación.

—Es suficiente —dijo Drem. Palmeó la espalda del almirante,

diciendo—: Le felicito por su perfecta representación.

Los hombres soltaron risas nerviosas. Durante aquellos segundos habían retenido la respiración, temiendo que la farsa fuese descubierta.

—Llévaos al almirante a un camarote y que dos hombres vigilen desde el pasillo —dijo Nefen.

—Saldremos enseguida de esta zona llena de naves ruderianas. No debemos abusar de nuestra buena suerte —anunció Drem, dirigiéndose a los improvisados pilotos.

Faltru tomó a Drem por un brazo y lo condujo a donde nadie pudiese escucharlos.

—Creo que deberíamos escoger otro planeta que no fuese Cetso.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido Drem.

—Mientras nos embarcaban en esta nave los soldados hablaban de algo que sucede en Cetso y nos concierne.

—Dime de una vez qué demonios pasa. Creí que ir a Cetso era una idea que agradaba a todos.

—¿Has oído hablar del Orden Estelar?

Drem se encogió de hombros.

—Algo.

—Corren rumores de que hace unas semanas una nave del Orden llegó a Cetso.

Nefen se había acercado y escuchó las últimas palabras de Faltru. Curioso, preguntó:

—¿Qué es el Orden Estelar?

—No estoy seguro —respondió Faltru rascándose la barbilla—; pero creo que se trata de una organización político-militar de la Tierra que se fundó cuando terminó la Primera Era, al desintegrarse el Gran Imperio.

—Me aseguraron que en la Tierra ya no quedaban emperadores. El último lo mataron. ¿Han proclamado uno nuevo?

—No —negó Faltru—. Esa organización se hace llamar Orden Estelar no porque dependa de un emperador, sino porque pretende volver a unificar la galaxia dentro de un orden legal, sin violencias. Aseguran que sólo pretenden rescatar las viejas colonias del aislamiento e integrarlas en el nuevo orden. Los planetas que por su suficiente desarrollo no quieran pertenecer al Orden, pueden negarse tranquilamente sin temor a represalias.

—Eso me suena a un bonito cuento —farfulló Nefen.

—Pues parece que es verdad —suspiró Faltru—. Quienes han tenido la suerte de visitar algunos planetas de la galaxia unidos al Orden afirman que esta organización no usó de la violencia en ningún caso, si no era para defenderse. No quiere dominios, sino aliados firmes. Hasta ahora parece que han conseguido convencer a un buen número de lo que antiguamente formó el Gran Imperio. Pero como tú, yo no me creo todo esto. Por eso, Drem, la presencia del Orden en Cetso me intranquiliza.

—Pues no tenemos otro sitio adónde ir.

—Está bien; nos arriesgaremos. Confiemos que los que hablan bien del Orden no exageren —terminó Faltru.

Drem dejó a sus amigos y se dirigió hasta una gigantesca pantalla visora conectada con el exterior. El Averno se había puesto en marcha, dejando atrás las unidades averiadas de la armada del reino de Ruder. Tras ellos quedaba la estrella y el planeta Ohbur, que se negaba a someterse al dominio del Serenísimo Príncipe.

Sonrió incrédulo recordando las palabras de Faltru referentes al Orden Estelar. Drem no podía creer que unos hombres organizaran un cuerpo político-militar para ayudar a los planetas sumidos en el salvajismo y hambrientos de técnica y comida. El llamado Orden no podía ser mejor que Ruder, con su corte depravada y sus generales ansiosos de guerra, conquistas y fama.

Apenas el príncipe Grehan ascendió al trono, y cuando aún por ley le faltaban cinco años para ser proclamado rey, su propio planeta, pacífico y comerciante, ya había caído bajo las garras de Ruder. Y ahora le tocaba el turno a Ohbur, aunque éste estaba resultando un hueso duro de roer.

Pronto Ruder sería el amo del sistema planetario. ¿Quién aseguraba que Cetso, en el vecino sistema solar, no iba a ser la siguiente víctima? Tal vez, dentro de unos años, se convertiría en un mundo amenazado. Cuando eso ocurriese, Drem se preguntaba dónde tendría que ir para no caer de nuevo bajo la crueldad de los ruderianos.

Entre los excautivos había hombres que podían manejar incluso un pesado crucero por el espacio normal, pero cruzar el hiperespacio a velocidad superior a la de la luz era cuestión muy distinta. Drem salvó aquella dificultad gracias a que el computador del Averno disponía de datos almacenados para ir automáticamente a Cetso. Aquel mundo era bastante frecuentado por las naves de Ruder para abastecerse de energía.

Por tal motivo, pese a las noticias dadas por Faltru, no tenían otro sitio mejor donde ir que no fuera Cetso. El computador nada más podía conducirles automáticamente allí, a Ruder o al conquistado planeta de Drem.

Cuando el Averno alcanzó los límites del sistema de Ohbur, los prisioneros ruderianos fueron embarcados en dos de las falúas. El almirante todavía estaba bajo el efecto de las drogas cuando fue introducido en una de ellas. Los tripulantes del Averno no esperaban salir con vida y no daban crédito a sus ojos cuando se alejaron del acorazado, radiando constantemente su posición para que otras unidades de Ruder acudiesen a rescatarles. Con las falúas no podían ir muy lejos.

Poco antes de ordenar el salto por el hiperespacio, Drem comentó:

—Estoy seguro de que encontrarán pronto las dos falúas.

Quienes escucharon sus palabras se dijeron que su jefe, al menos por una vez, debía equivocarse. Algunos incluso lamentaban no haber estrangulado con sus propias manos al almirante.

A una señal de Drem, un hombre conectó el dispositivo que ponía el acorazado bajo la dirección del computador.

Antes de diez horas estarían en Cetso. Resultaba una paradoja que sólo precisasen de ese tiempo para salvar una distancia de dos años luz cuando para alcanzar la periferia del sistema desde cerca de Ohbur necesitaron cinco días.

La pantalla que todavía estaba conectada con el exterior se iluminó de forma vertiginosa.

Al distorsionarse las estrellas, todos comprendieron que estaban a salvo. Las naves de Ruder ya no podrían alcanzarles.

Viajaban por el hiperespacio.

## 4

El regidor Cokh vertió sobre la copa de su bella e importante huésped un poco de licor, diciendo:

—Le agradará, comandante. Está destilado según las viejas normas de nuestros antepasados.

La mujer se llevó la copa delicadamente labrada hasta los labios y bebió un sorbo. Sonrió y asintió.

—Tiene razón —dijo—. Es delicioso este licor. Ya en la Tierra no puede beberse algo semejante.

—Su planeta sacrificó la artesanía por conseguir técnica hace muchos siglos.

—Pero su mundo es sumamente técnico y, sin embargo, aún conserva artesanos tan habilidosos como los que hicieron este licor.

—Resulta un verdadero milagro —sonrió Cokh—. Los dioses no permitan nunca que desaparezcan nuestros pacientes artesanos. Antes consentiríamos en que nuestras fábricas se derrumbasen.

Alice Cooper sólo conocía desde hacía unas semanas al regidor Cokh y ya le admiraba profundamente. Aquel hombrecillo menudo, casi insignificante, gobernaba un planeta de cientos de millones de seres dedicados al trabajo, a la industria y al comercio en todas sus facetas. La tarea encomendada a sus frágiles manos podía parecer demasiada, pero Alice estaba segura que Cokh sobrellevaba la labor con eficacia.

El regidor podía engañar a cuantos le viesan por primera vez. Su exterior débil encerraba una voluntad férrea y su inteligencia era algo fuera de lo común. No podía ser de otra forma. En un planeta de hombres inteligentes y trabajadores sólo podía gobernar el más intelectual y más laborioso de ellos.

—El Hermes llegó a Cetso hace cuarenta días, comandante. Usted nos dijo que sólo permanecería cincuenta. ¿Es cierto que dentro de diez días tendremos la desdicha de verles marchar?

Alice pensó que el viejo era un zorro. ¿Pretendía recordarle con aquellas amables palabras que era hora que se marchasen?

—Lamento haberme equivocado en mis cálculos, regidor —suspiró Alice queriendo jugar un poco con el hombre—. No estaremos diez días más.

—¿No? —preguntó Cokh. En su rostro no podía leerse si le conturbaba la noticia o le alegraba.

—Nos marcharemos dentro de ocho.

Sorbiendo un poco de licor, el regidor repuso pausadamente:

—Lamentable.

Y Alice se quedó sin saber si aún le parecían muchos días los que los hombres del Orden aún permanecerían en Cetso o todo lo contrario.

—Mis compañeros y yo confiamos en que habrá usted podido completar su informe —añadió el regidor.

—Sólo me quedan unos pequeños detalles.

—¿Referentes a Cetso?

—No. De su planeta tengo más informes de los que necesito. Me refiero a sus vecinos. Hay uno, Ruder, que no parece gozar de las simpatías de Cetso.

—Ciertamente. Ruder se ha convertido en un problema. ¿Por qué sus jefes no le ordenaron que visitara Ruder?

—Se solicitó permiso para realizar una visita de buena voluntad a todos los planetas de esta zona galáctica. Algunos lo rehusaron, y Ruder estaba entre ellos. Sólo su mundo, regidor, fue el más amable.

—Gracias. Lamento que tenga que regresar a la Tierra sin completar datos sobre Ruder. Ya sabe usted que Cetso recibirá con agrado a los comerciantes y gente de paz procedentes de los mundos del Orden. Es posible que más adelante pensemos en una integración plena.

Alice sonrió.

—Sabía de la furibunda neutralidad de Cetso. Aunque sólo sea como amigos, el Orden puede sentirse satisfecho con ustedes.

—Otra vez gracias. Es usted excesivamente amable con nosotros.

La comandante del Hermes consideró que ya había llegado el momento de preguntar al regidor qué tenía que comunicarle. Había sido llamada el día anterior por él personalmente. Aunque la

cortesía en aquel planeta era algo muy delicado, empezaba a sentirse impaciente. Pero decidió esperar un poco.

—Ciertamente estamos ansiosos por regresar a la Tierra, regidor, aunque deseo que no tome como ofensivas mis palabras. La hospitalidad ha sido excelente. Ocurre que mis hombres y yo llevamos cerca de seis meses sin ver nuestro planeta natal.

Inmediatamente Alice pensó en una persona que semanas antes dejó el Hermes para trasladarse a la Tierra, en donde nuevamente debía enfrentarse con unas duras pruebas.

—Apenas regresamos de una misión a nuestra base de Vega-Lira

, nos comunicaron que debíamos trasladarnos a su planeta antes de volver a la Tierra a disfrutar de un largo permiso —añadió Alice—. Uno de los oficiales tenía que ir allí irremisiblemente y apenas estuvimos el tiempo suficiente para esperar a su relevo.

—¿Enfermó ese oficial, comandante?

—No. El alto mando del Orden aceptó una recomendación mía para que pasase una nueva prueba de capacidad. Yo estimo que sus cualidades están muy por encima del grado que le otorgaron después del primer examen que sufrió.

—Sí, ya me contó usted durante una de nuestras primeras entrevistas que los oficiales reciben su grado según su capacidad. Me lo explicó cuando yo le hice notar que en su nave sus capitanes son de mayor edad que la suya.

—Y el teniente que mandé a la Tierra, Adán Villagran, también es mayor que yo. Las máquinas debieron cometer un error con él.

El regidor miró a Alice con ojos entornados.

—No creo en el error de las máquinas —dijo—, y sí en el de los hombres que las manejan, conscientemente o no.

Alice miró al anciano, sin llegar a comprenderle. Deseando cambiar de tema, dijo:

—En estos ocho días de estancia que nos quedan en Cetso aún es posible que recibamos un permiso de su Serenidad Príncipe de Ruder para que visitemos su planeta.

—Veo que insiste en llevar a sus jefes más datos sobre Ruder que los que nosotros hemos podido proporcionarles. Esto me recuerda el motivo por el que le rogué ayer que me visitase, comandante. —La mujer sonrió para su interior. Al fin iba a conocer qué tenía que

contarle el regidor—. Se trata, precisamente, de Ruder.

—¿Acaso les han comunicado a ustedes que desean recibir nuestra visita? —preguntó Alice—. Pensé que se iban a poner en contacto directamente con nosotros. Conocen nuestra onda láser...

—Lamento decirle que se equivoca. Un acorazado de Ruder aterrizó ayer en nuestro astropuerto.

—Ruder comercia con ustedes. ¿Es algo anormal?

—Lo es, porque viene tripulado por excautivos de Ruder. Son gente de varios planetas, casi todos de los que Ruder ha conquistado recientemente.

—Es la primera vez que emplea la palabra conquista para asignársela a los ruderianos —sonrió Alice—. Hasta ahora decía que Ruder dominaba en todos los planetas habitados de su sistema solar.

—Recuerde que somos neutrales. No nos agrada hablar mal de nuestros vecinos... y clientes —Cokh parecía disculparse ante una pequeña falta—. Mi lengua se ha equivocado.

—Volvamos al acorazado ruderiano. ¿Qué sucede con él?

—Su llegada puede traernos dificultades con Ruder. Mis ayudantes estuvieron interrogando al jefe de los hombres que lo tripulan, un tal Drem Domar. Es un campesino o mercader del planeta Burga, sometido al reino desde hace tres años. Ha tenido la delicadeza de no hacernos perder el tiempo y confesar que se sublevaron contra los ruderianos al término de una batalla espacial cerca de Ohbur, mundo que se halla en guerra contra Ruder.

Alice se preguntó si no sería más bien que Ruder combatía contra Ohbur para someterlo también a sus dominios. Siguió, empero, en silencio.

—El tal Drem Domar asegura que el almirante les prometió la libertad si les ayudaban a combatir contra los ohburianos cuando la batalla se presentaba mal para Ruder. Drem dice que no cumplieron con su palabra y por tal motivo se sublevaron.

—¿Mataron a la tripulación del acorazado que se rindió?

—Ellos juran que los supervivientes y el almirante fueron dejados en dos chalupas de salvamento y que es seguro que sus compañeros les debieron de recoger más tarde.

—Entonces, ¿cuál es el problema, regidor?

—¿Es que no se hace cargo de él, comandante? Esos

excondenados solicitan asilo. Quieren quedarse en Cetso. En otros tiempos la cosa no hubiera sido difícil, aunque hubiesen asesinado a la tripulación del acorazado; pero era cuando Ruder no se mostraba tan belicoso como en la actualidad.

Alice pensó que el regidor, con aquellas palabras, admitía de lleno que los ruderianos estaban lanzados a una guerra de conquista.

—¿Piensa entregar esos hombres a los ruderianos?

Cokh negó con la cabeza.

—No tenemos establecidas leyes de extradición con Ruder. Cierto que podemos entregarlos; pero es una cosa que nos desagrada. Los ruderianos serían implacables con ellos. Creo que nos limitaremos a devolver el acorazado.

—Me alegra oír tal cosa, regidor. No esperaba menos de usted y su pueblo.

—Pero necesitare de usted, comandante.

—¿De mí? —preguntó Alice cogida por sorpresa.

—Sí. No tardarán en llegar naves de guerra ruderianas para hacerse cargo del acorazado. Y de paso querrán llevarse a sus antiguos prisioneros para juzgarles. O tal vez los maten sin juicio alguno.

—Ignoro qué puedo hacer yo.

—Puede hacerlo todo. Diremos a los ruderianos que usted otorgó asilo político a los sublevados. Deberá llevarlos a su nave y tenerlos allí hasta que se marchen convencidos que digo la verdad.

La comandante arrugó el ceño. Enseguida comprendió las implicaciones que le acarrearían aquello.

—Si hago tal cosa, Ruder no querrá saber nunca nada del Orden. Y yo confío en recibir una invitación para visitar su planeta antes de marcharme de Cetso.

—Los ruderianos saben que una nave del Orden está en Cetso. Comprenderán que su actitud no quiso ofenderles. Olvidarán el incidente pronto y eso no influirá en que más adelante acepten iniciar conversaciones con el Orden Estelar, aunque yo desconfío que puedan llegar a un acuerdo con el príncipe.

—¿Qué ocurrirá si no acepto su petición de ayuda? —preguntó Alice, mirando fijamente al viejo.

Éste suspiró y dijo:

—Tendré que pensar que los deseos de amistad de la Tierra, representados por el Orden, son escasos.

—Me pone en una difícil situación. ¿Aceptaría una propuesta por mi parte?

—Es posible. Dígame cuál es.

—Antes de responderle desearía conversar personalmente con el jefe de los sublevados.

—¿Para qué?

—Para asegurarme de que no son unos vulgares asesinos.

—Ellos afirman ser presos políticos.

—Eso lo debo comprobar yo.

El regidor de Cetso cerró los ojos, meditando.

—Está bien. Pero deberá decidirse antes de cinco horas.

—¿Por qué ese tiempo?

—Es el que calculamos que tardarán los acorazados de Ruder en llegar a nuestro planeta. Comprenderá que ya hemos informado a los ruderianos que tenemos su acorazado.

—Debieron esperar.

—Si lo hiciésemos, ellos hubieran sospechado que estamos de parte de los sublevados.

Alice se levantó. La admiración que sentía por el anciano disminuyó un tanto; ahora le veía egoísta. O tal vez fuera demasiado severa con él; Cokh sólo se preocupaba por la seguridad de su pueblo.

—De todas formas —agregó el regidor—, hasta veinticuatro horas después de aterrizar las ruderianos, Cetso no decidirá si entregará a los fugitivos o no.

—Eso será si yo me niego a concederles asilo, ¿no?

—Naturalmente —sonrió el viejo.

Caminaron hasta la salida del amplio despacho del regidor. En la puerta esperaban el alférez Kortit, del Orden, y el secretario de Cokh.

—Disponga que la comandante Cooper sea conducida hasta el acorazado ruderiano —ordenó el regidor a su secretario. A la mujer, deseó—: Suerte.

Ella saludó con un movimiento de cabeza y salió de la estancia, seguida por el alférez y el secretario.

Una vez solo, el anciano anduvo lentamente hasta un ventanal.

Desde allí dominaba una gran parte de la ciudad y algo del astropuerto. En aquella gran explanada, separados por cinco kilómetros de pista, la nave de exploración Hermes y el acorazado Averno aún parecían ignorarse.

A Cokh le hubiera gustado saber en aquel momento si la tranquilidad que durante siglos había disfrutado Cetso, viviendo en la opulencia gracias al comercio pacífico con sus vecinos, no iba a terminarse con su mandato.

¿Por qué tenían que ocurrir tales cosas? ¿Por qué aquellos desdichados, después de sublevarse, habían elegido Cetso? Enseguida se dijo que probablemente no habían tenido otro sitio. En otros planetas quizá tenían más miedo a Ruder que en Cetso.

La situación estaba mala, delicada. Un paso en falso podría provocar con facilidad la ira del príncipe de Ruder. Y Grehan ya había demostrado que le importaba muy poco una nueva guerra. En menos de cuatro años había iniciado tres. Ganó dos y estaba a punto de terminar victorioso la tercera, conquistando a Ohbur.

Aunque Ruder respetaba a Cetso, Cokh no confiaba en que tal cosa durase mucho tiempo. Cetso era una fruta apetecida por muchos.

El temor a Ruder era lo que le había impulsado a aceptar la amistad del Orden. Pero Cokh sabía que el Orden sólo ayudaba a sus amigos. Si Cetso era atacado, el Orden no podría intervenir por no tratarse de un planeta unido. Pero el regidor, así como sus consejeros, se resistían a perder la plena autonomía que hasta entonces habían disfrutado.

Sin embargo, los tiempos habían cambiado, pensó dolorido.

Y los acontecimientos se precipitaban vertiginosamente.

## 5

Nefen empujó hacia Drem una taza de café.

—Está bueno. Lo preparó Faltru. Él quería hacerlo en el laboratorio; pero yo le dije que el sitio adecuado para hacer café era la cocina. No me fío de ese tipo cuando está rodeado de potingues —rió Nefen.

Drem tomó la taza. Olía bien. Desde que recobraron la libertad volvieron a saborear muchas cosas que perdieron cuando fueron apresados por la feroz policía del príncipe Grehan.

La mayor parte de los antiguos cautivos terminaban su almuerzo en el gran comedor que sirviera a la tripulación ruderiana. Solamente media docena de hombres vigilaban la entrada y algunos puestos que no podían dejarse de cubrir en el puente y la sala de máquinas, en donde la presencia del capataz y sus servidores aconsejaba una constante vigilancia.

Entró Faltru, con las manos metidas en los bolsillos y gesto aburrido. Regresaba del laboratorio. Si allí no había encontrado distracción alguna, podían afirmar quienes le conocían bien que su estado de ánimo dejaba mucho que desear.

—Siéntate, Faltru. ¿Quieres café? Te recuerdo que tú lo hiciste —le dijo Nefen—. Eh, levanta ese ánimo, amigo.

Sin hacer caso a Nefen, Faltru dijo a Drem:

—Por el tiempo que llevamos detenidos en este astropuerto ya debíamos saber qué piensan hacer con nosotros los cetsianos.

Drem no quería alarmar a sus compañeros. Él también estaba preocupado. Nunca pensó que fueran a ser recibidos con tanto recelo. Empero, respondió:

—Una decisión importante requiere su tiempo.

—Ya es demasiado. Ahora estamos peor que antes de llegar a Cetso. No podemos marcharnos siquiera. Nos anclaron tan pronto aterrizamos y el Averno se ha convertido en nuestra cárcel otra vez.

Nefen abandonó su buen humor.

—Faltru tiene razón —dijo, olvidándose del café—. Esta gente parece que no nos cree. Yo también empiezo a sospechar que van a entregarnos a los ruderianos.

—No lo harán.

—Todo dependerá del dinero que les ofrezcan. ¿Acaso estás seguro de que nos permitirán vivir aquí?

—No, no estoy seguro; pero los de Cetso nunca simpatizaron con Ruder, y mucho menos desde que Grehan fue investido como príncipe.

—Pero ahora Ruder es fuerte y temido —recordó Faltru—. Hace poco subí hasta la cúspide del acorazado y descubrí que los cetsianos están instalando baterías a pocos kilómetros de nosotros.

—Es una tontería —masculló Drem—. No podemos hacer nada. Ni marcharnos, ni utilizar las armas de a bordo contra ellos. Nuestro ángulo de tiro nos impide hacerlo. Y ninguno de nosotros es capaz de manejar los proyectiles dirigidos por láser.

—Pero ellos no lo saben y toman precauciones.

—Es lógico. Temerán que nosotros nos impacientemos y cometamos una locura.

—La locura fue venir a Cetso —dijo un hombre.

Drem se volvió para mirarle furibundo.

—Os he dicho mil veces que no teníamos otro sitio donde ir.

Los hombres empezaron a mirar a su jefe. Drem se arrepintió enseguida de haber alzado la voz. Aquello podía ser tomado como una muestra de nerviosismo, que fácilmente podía contagiar a los demás. Él era el jefe y debía conservar la calma.

Sería una locura que los hombres, cansados de esperar, saliesen ahora de la nave. Recordó el cordón de policías armados que rodeaba el acorazado. Bien le había advertido el funcionario cetsiano que bajo ninguna excusa debían abandonar el Averno.

El vigilante de la entrada penetró en el comedor. Había llegado corriendo y jadeaba. Acercándose a la mesa donde estaba Drem, dijo:

—Se aproximó un vehículo y bajó una mujer con uniforme negro y plata. Me dijo que deseaba ver a nuestro jefe.

Drem miró a sus colaboradores. Faltru dijo:

—Es extraño. Entre la gente de Cetso las mujeres no ocupan

cargos públicos o militares. A no ser que...

—¿Qué? ¿Quién crees que pueda ser esa mujer?

—¿Recordáis lo que hace unos días os dije acerca del Orden Estelar? Pues me parece que sus miembros usan uniforme negro y plata. Si durante la Primera Era en la Tierra las mujeres servían en el ejército, ¿por qué no iban a hacerlo ahora?

Drem asintió.

—Puede ser. De lo que estamos seguros es que las mujeres ruderianas no son soldados. Aunque tampoco me agrada, prefiero alguien del Orden a un enviado del príncipe.

—Aún no sabemos lo que puede ser peor —apuntó con pesimismo Nefen.

—Hazla pasar a ella y su comitiva al despacho del almirante. Supongo que es el sitio adecuado para recibirla —dijo Drem, levantándose e indicando a Nefen y Faltru que le siguiesen—. No espero que eso la impresione demasiado. Lo que me pica la curiosidad es el motivo que la hace venir a nosotros.

—Pronto saldremos de dudas —sentenció Drem.

\* \* \*

Alice, únicamente acompañada por el alférez Koritz, entró en el despacho del almirante. Mientras se acomodaba en la silla que le habían ofrecido, estudió a los tres hombres que tenía delante. El más joven de ellos, sentado tras la mesa de sílice, debía ser el jefe y era el único que continuaba vistiendo el viejo uniforme de recluso-mecánico de sala de máquinas.

Quienes le acompañaban y permanecían de pie a su lado vestían como todos los demás hombres que hasta entonces había visto, ropas sacadas del almacén del acorazado. La mayoría, vanidosamente, había elegido guerreras de oficiales.

La terrestre intuyó que Drem ejercía una gran influencia sobre los demás sublevados. Era el cabecilla nato, capaz de arrastrar a las multitudes incluso a una muerte ciega.

—Soy la comandante Alice Cooper, jefe de la unidad exploradora Hermes del Orden Estelar.

Drem, esbozando una sonrisa irónica, respondió:

—Y yo Drem Domar, jefe de los sublevados o exesclavos del acorazado Averno, de la armada de su Serenísimo Príncipe Grehan, señor de Ruder, tirano de Burga, de Dhor y pronto, si el infierno no lo impide, de Ohbur.

Alice no se hizo esperar para responder a la mordacidad de Drem.

—Creí que me iba a responder con su nombre, no haciendo un resumen de las cualidades del príncipe de Ruder.

—Me parece que esta mujer que juega a soldados es de lengua rápida, Drem —opinó Nefen.

Molesto, Drem dijo a la mujer:

—Vayamos al grano, señora. ¿Para qué ha venido aquí? No quiero perder el tiempo.

—Vaya, me alegro de encontrar a alguien que no se ande con rodeos —dijo Alice, simulando un suspiro de alivio—. Antes perdí un buen rato para que el regidor de Cetso me dijese que pretende que nosotros, los del Orden, les ofrezcamos el asilo político que pidieron a este planeta.

—¿Quiere decir que Cetso no está dispuesto a concedérmolos? —casi gritó Nefen.

Drem hizo un ademán tajante a Nefen para que guardase silencio. Él era quien tenía que hacer las preguntas. Pero Alice ya estaba respondiendo:

—No culpen a los cetsianos. Ustedes, con su presencia, les han creado un grave problema: hacen que peligre su neutralidad, tan celosamente guardada. Y sus negocios con Ruder también.

—Yo no estaba plenamente convencido de la avaricia de esos mercaderes —masculló Drem—. ¿Y qué piensa hacer usted? ¿Nos concederá protección?

—Es posible. Si accedo a ello, sólo será por el tiempo suficiente para que los ruderianos admitan que ustedes están bajo la protección del Orden y se marchen. Luego los cetsianos les permitirán vivir en paz en su planeta.

—¿Por qué no nos dice ahora si nos otorgará asilo?

Alice miró a Drem, descubriendo en sus ojos la natural ansiedad. Pero ella estaba decidida a negarse si aquellos hombres no eran unos desgraciados cautivos políticos del ambicioso príncipe. Decían que no se habían comportado como asesinos durante ni después de

la revuelta. Los ruderianos, según palabras de Drem al mando de Cetso, fueron puestos en libertad poco antes de que el acorazado entrara al hiperespacio. Debía asegurarse si decían la verdad antes de consentir protegerles.

Drem y sus colaboradores seguían esperando la respuesta de Alice.

—Debemos esperar algo aún —dijo ella—. Tengo que realizar consulta con mis oficiales.

—¿Teme cobijar en su nave a unos asesinos? —preguntó Drem, apoyando con fuerza las manos sobre el tablero de la mesa.

Alice pudo haber mentido, o responder con cualquier cosa, pero contestó:

—Sí. Quiero comprobar que los ruderianos y el almirante fueron dejados en las chalupas como afirma.

Drem resopló.

—Está bien. ¿Cuánto tiempo necesitará para eso?

—Unas horas; tal vez al anochecer.

—Eh, Drem —intervino Nefen—. ¿Por qué no le preguntas qué nos pasará si los de Cetso y ella no quieren ayudarnos?

—Mejor será que no lo sepamos —refunfuñó Drem.

Alice sonrió levemente. Dijo:

—Ahora me gustaría conversar un rato con usted sobre otros temas, señor Domar.

—Preferiría que se marchase enseguida a pedir consejo a sus oficiales, comandante —dijo Drem encogiéndose de hombros—. Pero si con eso la complazco...

—Quiero que me hable de Ruder, de su príncipe y cuáles son los motivos que iniciaron esta guerra.

—Ruder es un planeta vecino al mío, señora. Y... —calló y miró fijamente a la mujer, diciendo extrañado—: Creo que usted lleva mucho tiempo en Cetso. ¿Qué puedo contarle yo que no hayan podido hacerlo los cetsianos?

—Ellos evitan hablar de Ruder y lo que ocurre en ese sistema planetario. Me interesa saber su propia versión de los hechos.

—Está bien. Le creo. Los cetsianos ponen precio a todo. ¿Tan caro le pidieron por informarle de la guerra?

—No hablaron de dinero. Simplemente, rehúsan tocar ese tema.

—Comprendo. Como decía, Ruder fue siempre un planeta

pacífico, hasta que murió Othop dejando dos hijos. Berlah es la mayor, pero por ser mujer y a causa de las leyes ruderianas, no podía reinar. Su hermano Grehan fue proclamado príncipe. Cuando alcance la edad prevista, será coronado rey. Pero para entonces exigirá ser emperador.

»Hasta hace unos años, Grehan se comportó de forma comedida, sin mostrar sus ambiciones. A partir de la convalecencia de una grave enfermedad, de la que cuidó su hermana Berlah día y noche pese a la locura que dicen algunos que tiene, su carácter cambió totalmente. Convocó a sus ministros, generales y demás gente importante y les anunció que con él, Ruder alcanzaría un gran poder.

»Están rodeados por tres planetas de escaso poder militar. Primero conquistó su planeta hermano de órbita y luego el mío, Burga. Ahora está a punto de conseguir apoderarse de Ohbur. Pese a la resistencia que encuentra en este último, las modestas naves de Ohbur tendrán que rendirse ante los modernos acorazados de Ruder. Ya han perdido la primera batalla, aquella en la que nosotros intervinimos, y no creo que tengan fuerzas para afrontar la segunda.

»Grehan, se rumorea, no piensa esperar a la fecha que dicta la ley para ser rey. Tan pronto como sus tropas dominan en Ohbur, se proclamará rey de Ruder y emperador de todo el sistema planetario. Y después de esto, es posible que caigan Cetso y otros planetas, hasta que domine toda la zona estelar o alguien le mate.

—Ruder, desde el fin de la Primera Era, ¿nunca mostró sus ansias bélicas? —preguntó Alice, vivamente interesada por el relato de Drem.

—No —respondió éste—. Aunque dotado de un fuerte ejército y una armada potente, Ruder nunca apeteció conquistar nuevos planetas. Pero el príncipe Grehan ha enloquecido a la juventud, a la tropa, a los generales y almirantes con sus encendidas palabras de gloria y conquistas. Los ha hipnotizado. Su personalidad, aumentada después de su enfermedad, se agigantó, cautivando a sus súbditos. Siempre fue querido por los suyos y gobernó con justicia pero, repentinamente, surgió en él el caudillo capaz de arrastrar a cientos de millones de seres a una guerra de conquista.

Alice asintió. Comprendía el temor de los cetsianos ante la

posibilidad de irritar a los ruderianos. Para aquella zona galáctica, Ruder significaba un peligro mayor de lo que en un principio se había figurado.

—Señora —le dijo Faltru—, aseguran que el Orden pretende imponer la paz en la galaxia. ¿Por qué no interviene aquí y detiene el afán expansionista de Ruder?

La mujer miró al científico. Con cierto pesar, respondió:

—El Orden tiene sus códigos. Y debe atenerse a ellos. Todavía recelan de nosotros en muchos lugares de la galaxia, creyendo ver en nuestra organización una reencarnación del extinguido Gran Imperio. Tenemos que obrar con precaución. Nosotros no podemos intervenir en aquellos planetas que no pertenezcan al Orden por voluntad propia. Si Ruder atacase a un mundo unido a nosotros, lo defenderíamos como si fuese la Tierra. Pero aquí sólo somos invitados. Si llegasen a atacar Cetso, no tendríamos otra alternativa que retirarnos.

—¿No quiso Cetso unirse al Orden? —inquirió Drem.

—Sólo hemos firmado un tratado de amistad y de comercio. Es insuficiente para permitirnos intervenir con las armas.

—Esos cetsianos están locos —gruñó Drem—. Saben que tarde o temprano Ruder caerá sobre ellos. ¿Acaso usted no se los explicó?

—Naturalmente que sí —asintió Alice—; pero Cetso quizá no confíe en nuestro poder. Deben pensar que si se unen al Orden, Ruder puede anticipar el ataque y nosotros no cumpliríamos con nuestra palabra. Son desconfiados; prefieren la seguridad actual que una duda futura. Es posible que abriguen la esperanza de que Ruder nunca les quiera conquistar.

Alice oyó a su espalda que su alférez tosía discretamente. Se volvió hacia él, interrogándole con la mirada.

—Es una llamada del Hermes, comandante —respondió él, al tiempo que le tendía una pequeña cajita metálica que cabía en la mano.

Pidiendo disculpas con la mirada, Alice se la acercó al oído. No quería que los demás se enterasen del mensaje. Durante unos minutos la comandante estuvo escuchando, respondiendo únicamente con monosílabos. Cuando devolvió la cajita al alférez, se volvió para mirar a Drem y sus compañeros.

—Me habló mi lugarteniente, la capitana LeLoux —explicó—. En

el Hermes se ha recibido una comunicación del palacio del regidor, anunciándonos que diez acorazados de Ruder se han detenido a doscientos mil kilómetros de Cetso. El almirante, desde su nave insignia, pide permiso para aterrizar en este astropuerto.

Los fugitivos cambiaron miradas de alarma entre ellos. Solamente Drem permaneció sereno. Sus ojos parecían querer arrancar a Alice una respuesta satisfactoria mientras preguntaba:

—Ya sabe que no matamos al almirante. ¿Qué hay de su asilo? ¿O aún tiene que consultar con sus oficiales?

Alice se levantó.

—No es necesario. Les creo —dijo. Empezó una sonrisa y agregó —: Les espero en mi nave dentro de veinte minutos. Procuren no saquear el acorazado antes de abandonarlo. Yo les entregaré allí lo que pudieran necesitar.

Drem tomó las manos de Alice y las apretó con fuerza.

—Gracias. Aunque demostraba lo contrario, estaba seguro que usted nos ayudaría. Era un presentimiento.

—No les ayudo yo, sino el Orden. Diré al regidor que a partir de este instante están bajo nuestra protección.

Mientras Alice salía de la estancia, Drem dijo:

—Pero yo siempre pensaré que ha sido usted quien nos ayudó. El Orden Estelar es algo impersonal, todo lo contrario de usted.

## 6

En el astropuerto existía una amplia zona que los cetsianos utilizaban para celebrar en ella entrevistas importantes con los diplomáticos y misiones comerciales de otros planetas.

Tal zona acotada era llamada Lugar Neutral y allí debía dirimirse las cuestiones delicadas, dando a la parte extranjera un sitio donde las leyes cetsianas eran nulas.

Alice Cooper terminaba de colocarse la corta capa de ceremonias en la estancia de recepción del Hermes; junto a ella, vistiendo el uniforme de suboficial del Orden, Drem Domar sonreía al verse enfundado en las ropas negro y plata. Afuera esperaba el vehículo que les llevaría al Lugar Neutral, donde ya aguardaban los ruderianos y el regidor, acompañado éste último por sus consejeros.

—¿De veras cree que haré un buen papel? —preguntó Drem, señalándose a sí mismo.

—¿Por qué no? —sonrió divertida Alice—. El uniforme le sienta bien. Si algún día su planeta llegara a unirse al Orden, recuerde que reclutamos voluntarios en todos los planetas adeptos.

—Lo tendré en cuenta.

Llegó el capitán Kelemen, entregando a Alice dos diminutas esferas. La comandante, colocando una dentro de la oreja de Drem, ante la sorpresa de éste, dijo:

—Durante la entrevista usted permanecerá cerca de mí, Drem. Lo que ahora lleva en el oído le permitirá escuchar las confidencias que yo desee hacerle sin que nadie se entere. Del mismo modo, podrá responderme o decir lo que desee si se limita a formular las palabras con un simple movimiento de garganta.

—Ya comprendo por qué sugirió que la acompañase —sonrió Drem—. Pero ¿de tanto le valen mis consejos?

—Ya lo verá más tarde. Ahora haga la prueba. Es así.

Sin que Alice moviera para nada los labios, dentro del oído

derecho de Drem parecía ella estar susurrándole.

—Es cierto. La entiendo perfectamente. Pero es poco original desearme suerte. Escúcheme.

Ocultando una irónica sonrisa para mantener sus labios apretados, Drem observó divertido cómo Alice, primero le miraba sorprendida y luego un poco enfadada.

Pero la mujer terminó por reír.

—Al principio tomé sus palabras como una grosería —dijo—. Luego recordé que usted no me mira como oficial del Orden. Como mujer, con un poco de benevolencia, puedo llegar a darle las gracias.

—Pese a todo, me he quedado corto —respondió Drem haciendo una inclinación de cabeza.

—Es hora de marchar —les recordó el capitán Kelemen.

Se introdujeron en el elevador gravitacional adosado al fuselaje del Hermes. Una vez en la pista del astropuerto, se acomodaron en un vehículo descubierto.

El cetsiano que lo conducía lo puso en marcha dirigiéndose hacia el Lugar Neutral, apenas a cinco kilómetros de distancia de ellos. Pronto avistaron a las personas que, de pie y pacientemente, les aguardaban.

Alice sorprendió a Drem mirando hacia atrás, al Hermes.

—No se preocupe por sus hombres —le dijo—. Están cómodos. Presenciarán la entrevista desde una pantalla de televisión. Mis técnicos han conseguido montar un visor que nadie podrá descubrir a poca distancia del Lugar Neutral.

Drem se volvió hacia ella.

—¿Es eso correcto según sus leyes?

—De ningún modo. Pero mis oficiales también quieren saber lo que ocurrirá. Algo nos dice que será interesante. Al mismo tiempo, sus hombres se distraerán.

La comandante miró al frente y Drem hacia ella, pensando que aquella mujer era algo fuera de serie. No podía ser de otra forma, si gobernaba una nave tan grande y potente como parecía ser el Hermes. Pero aparte de sus cualidades como militar, seguía pensando Drem, Alice Cooper era una mujer completa. Los gestos que a veces usaba, firmes y decididos, llenos de autoridad, no disminuían en nada su feminidad ni su hermosura.

Recordó al oficial que Alice había enviado a la Tierra para que pasase una nueva revisión. Si ella, con su alto intelecto, le consideraba capacitado para ostentar un grado superior al de teniente y era capaz de darse cuenta, aquel tipo tenía que ser algo excepcional. Sintió celos repentinos por el teniente, que le parecía que se llamaba Adán y algo más.

Enseguida, se rió para sí de su arrebato de envidia por el teniente Adán. ¿Qué podía importarle a él la bella comandante, ni aquel teniente por el que Alice parecía mostrar cierta amistad? ¿O sería algo más que amistad?

Se encogió de hombros. Pensar demasiado le incomodaba. Y ya no tenía tiempo de hacer cábalas estúpidas. El vehículo estaba llegando al Lugar Neutral, deteniéndose a pocos metros donde cetsianos y hombres de Ruder aguardaban su llegada para comenzar la entrevista.

Cuando Drem, que seguía a Alice y al capitán Kelemen a prudente distancia, vio al almirante rodeado por varios oficiales ruderianos, su corazón sufrió un vuelco. Pero pronto se tranquilizó, al recordar que la única vez que el almirante le vio en plena consciencia, antes de tomar las drogas de Faltru, su rostro estaba sucio, lleno de grasa. No podría de ninguna forma reconocerle dentro de un uniforme del Orden.

El regidor Cokh se adelantó y presentó a la comandante al almirante ruderiano. El cambio de saludos fue frío. El almirante parecía estar nervioso además de impaciente. Súbitamente, dijo a Alice:

—El regidor acababa de comunicarnos que usted, en representación del Orden Estelar y la Tierra, ha concedido asilo político a los asesinos que mataron parte de mi tripulación y robaron el acorazado Averno, de la armada de Ruder.

Alice se tomó su tiempo para responder mientras estudiaba con curiosidad a los tres hombres uniformados de rojo que permanecían un poco aparte del grupo formado por oficiales espaciales de Ruder. Sus rostros parecían tallados en piedra.

—Es cierto. El Orden ampara a los antiguos presos forzados de su nave de guerra, almirante —admitió Alice.

—Como verá, señor —intervino el regidor, conciliador—, la comandante Cooper actuó de la forma que ya le he explicado. Las

leyes de su planeta, la Tierra, le permiten realizar tales actos.

El almirante se volvió lleno de furia hacia el regidor.

—Ustedes no debieron permitirlo, regidor —dijo silabeante—. No es bastante que nos anunciaran que el acorazado llegó a su planeta. Junto con la nave, debieron entregarnos a los culpables.

—Sus antiguos prisioneros vinieron directamente a mí solicitando protección —explicó Alice, queriendo apartar de la discusión al regidor. En verdad, no quería complicar a Cetso—. Yo les ofrecí mi nave. Considérelos fuera de su alcance.

El ruderiano fulminó a Alice con la mirada.

—Nunca oí hablar del Orden, señora —dijo—. Pero le prevengo que con su actitud no conseguirá que el Serenísimo Príncipe acceda a iniciar conversaciones con su organización.

Alice sonrió complacida.

—Veo que está enterado de nuestra petición de entrada en Ruder.

—Su Serenidad nunca lo permitirá si no nos devuelve a los prisioneros.

En el oído de Alice sonó la voz queda de Drem, diciendo:

—Ahora tiene una buena oportunidad de franquear la frontera de Ruder.

Particularmente a Drem, la comandante le replicó por el mismo sistema:

—No diga tonterías. —Luego se dirigió en voz normal al almirante—: Sería lamentable, pero ya pensábamos en regresar sin tener el honor de ser recibidos por Su Serenidad.

El almirante se adelantó hasta colocarse a menos de medio metro de Alice. Rápidamente Drem la advirtió:

—Tenga cuidado. Nunca había visto al almirante tan fuera de sí. Siempre tuvo fama de gozar de una gran serenidad.

—No está ahora en su patria, comandante —dijo el almirante—. Ruder no permitirá que se marchen con los prisioneros. Recuerde que sobre Cetso tengo veinte acorazados.

—Debería llevarlos a combatir contra Ohbur, no dedicarlos a recuperar a unos pobres diablos que le robaron su nave —respondió burlona la comandante.

Drem iba a prevenirle nuevamente. Alice estaba irritando demasiado al almirante. ¿Qué pretendía ella? La mujer siempre

había gozado fama de buena política, así le dijeron los miembros del Orden cuando le hablaron de ella. ¿Por qué parecía que buscaba ofender al ruderiano?

—Por última vez, comandante, le pido que devuelva los prisioneros.

Alice se entretuvo unos segundos para responder:

—Ahora son hombres libres. No puedo hacerlo. El Orden nunca revoca una decisión.

El almirante lanzó un grito de ira mal contenida. Drem no tuvo tiempo de actuar. Cuando terminó de comprender lo que estaba pasando, el almirante ya apuntaba a la comandante con una pequeña pistola, que sostenía nerviosamente en su diestra.

—La mataré. Usted..., usted se perderá conmigo.

Ni Drem ni el capitán Kelemen se atrevían a hacer movimiento alguno por temor de precipitar los acontecimientos. Los ojos del almirante relucían como los de un demente. Cuando con exasperante lentitud su dedo empezó a oprimir el disparador de su arma, los tres ruderianos vestidos de rojo actuaron.

Fue una triple descarga la que envolvió al almirante en una candente y flamígera cortina. El hombre chilló apenas por un segundo y luego cayó al suelo convertido en algo irreconocible y negro.

Los terrestres y cetsianos miraron a los tres hombres uniformados que habían matado al almirante. Uno de ellos se adelantó, diciendo:

—Soy el general Wulkro, de la Policía Especial de Su Serenidad —su voz era seca, taladrante—. El almirante estaba condenado por el príncipe a morir si no conseguía recuperar a los prisioneros. La sentencia ha sido ejecutada.

Alice, pálida y aún más irritada, preguntó al regidor:

—¿Cómo consiente que esto ocurra ante sus narices?

Cokh se encogió de hombros.

—Estamos en el Lugar Neutral, un terreno que es de todos.

—Usted intuía algo semejante —dijo Alice, reprobadora.

El regidor respondió fríamente a la mirada desafiante de la comandante.

—Es posible, pero no podía saber quién iba a ser el muerto.

—¿Pude haber sido yo?

—Antes de que los hechos se consumaran, todo era posible. De las reacciones de los ruderianos nadie puede asegurar nada.

El general Wulkro saludó militarmente a Alice.

—Si el almirante fracasaba, debía transmitirle un mensaje de Su Serenidad —dijo—. El príncipe Grehan desea que la misión de paz del Orden visite Ruder.

—Creía que la guerra contra Ohbur impedía el inicio de nuevas relaciones diplomáticas —apuntó Alice.

—Ohbur se ha rendido a las victoriosas naves de Su Serenidad, quien piensa que los miembros del Orden se sentirán complacidos de asistir a las fiestas de coronación.

—Transmita a Su Serenidad —dijo Cokh, simulando su sorpresa— mis felicitaciones por su anticipado paso de príncipe a rey.

El general dirigió una sonrisa de orgullo al regidor y dijo:

—Su Serenidad será erigido emperador de Ruder y Tres Planetas.

Dando un rápido giro sobre sus talones, el general empezó a alejarse en dirección del acorazado ruderiano, lejos del Lugar Neutral. Un soldado de rojo le siguió, así como los navegantes del espacio. Estos últimos estaban serios, reflejando vivamente en sus rostros la impresión causada por la inesperada muerte del almirante.

El hombre uniformado de escarlata que había hablado antes avanzó unos pasos y dijo a terrestres y cetsianos:

—La coronación tendrá lugar dentro de tres días. Las fiestas durarán cinco días más, después que Su Serenidad sea investido como emperador de Ruder y Tres Planetas. En ese tiempo se reanudarán las inmunidades políticas.

Se retiró sin decir nada más ni saludar. Alice preguntó a Cokh:

—¿Qué pasa con las inmunidades?

—Hasta ahora todo el mundo, incluso los extranjeros, estaban sometidos a la vigilancia de la policía especial en Ruder. Por ese motivo nunca nos decidimos a enviar embajadores ni cónsules. Pero mientras duren las fiestas, podremos estar tranquilos.

—Yo no me fiaría plenamente.

—Puede hacerlo. El pueblo de Ruder nunca consentiría que en los días que duren los festejos reales... imperiales ahora, se violen sus viejas leyes. Ni Grehan se atrevería a hacer semejante cosa. Toda su popularidad se vendería abajo.

Alice sonrió.

—Entonces iremos a Ruder.

\* \* \*

De regreso al Hermes, Drem comentó:

—No creo que usted hubiera desistido de su propósito de ir a Ruder aunque no existiesen garantías diplomáticas.

—Acierta plenamente —admitió Alice—. Me hubiera desagradado regresar sin comprobar por mis propios ojos si Ruder no significará en un futuro no muy lejano un peligro para el Orden.

—Esté segura de que lo será.

—No menosprecie al Orden.

—Estoy convencido de que ustedes son fuertes y capaces de derrotar a Ruder; pero si los dejan mucho tiempo, llegarán a ser poderosos. Ahora es el momento de atajar el peligro.

—El Orden nunca declara una guerra.

—Pues lo hará Ruder, no lo dude.

—Eso sería diferente.

Drem estudió a la comandante. Por su mente pasó una idea descabellada, pero se atrevió a exponerla.

—¿Sería capaz de sacrificarse para provocar un incidente que libere de toda responsabilidad al Orden si declara la guerra a Ruder?

—¿Quiere decir que si no me importa que el príncipe me haga su prisionera y me ejecute junto con mis hombres?

—Más o menos, sí.

Ella rió con cantarina entonación.

—No se preocupe, no sucederá nada de eso. No conozco a Su Serenidad, pero intuyo que debe tratarse de una persona inteligente, calculadora. Llegará a la conclusión de que aún no está preparado para declarar la guerra al Orden.

—Ojalá sea así. Bien, iré a entregar este uniforme al almacén.

—No lo haga. Le servirá para acompañarme a las fiestas de la coronación. ¿Nunca estuvo en Ruder?

—No, claro. Me gusta la idea, aunque ignoro qué se propone usted. Pero... ¿qué pasará con mis hombres?

—Ahora que ha pasado la crisis, el regidor permitirá que vivan en este planeta. Serán conducidos a distintas ciudades. Separados, nadie notará su presencia.

—¿Y yo?

—Usted se quedará a mi lado como consejero.

—Me gustaría mucho que fuese para algo más —replicó Drem, mirando con deseo a Alice.

—Sólo necesito un consejero —respondió ella tajante.

Y Drem la vio alejarse pasillo adelante, erguida y segura de sí misma.

## 7

El Hermes partió de Cetso al día siguiente, rumbo a Ruder. Horas antes lo había hecho la nave del regidor acompañado por su extensa comitiva.

Alice había retenido un poco el momento de la marcha porque se preocupó de que los exprisioneros de Ruder encontrasen alojamiento adecuado en distintas ciudades de Cetso.

Ninguna nave de aquella zona podía hacer lo que el Hermes: viajar por el hiperespacio sin necesidad de salir de los confines del sistema planetario. Pero Alice no quería descubrir aún el secreto celosamente guardado por el Orden y que daba a sus unidades de guerra una notable ventaja sobre todas las demás de la galaxia.

El Hermes no surgió en el espacio normal hasta estar a una distancia de treinta millones de kilómetros de Ruder. Pese a haber partido antes, la nave del regidor había quedado muy atrás. Todos se sorprenderían de la velocidad de la nave terrestre, pero no pensarían que disponía del dispositivo especial que le permitía desplazarse a velocidad supralumínica por el hiperespacio en distancias planetarias incluso.

—Ahora navegamos como un navío corriente —explicó Alice a Drem, que la acompañaba en aquel momento en el puente de mando.

Drem estaba maravillado. Aunque no era un experto en viajes estelares, comprendía que aquella ventaja de las naves de la Tierra les confería una supremacía total sobre las demás.

—Estoy por apostar lo que sea a que ninguna nave de esta zona de la galaxia podría viajar más de prisa que ésta, sin utilizar el hiperespacio —añadió Alice, con cierto orgullo en la voz.

Drem admitió aquello en silencio.

Intrigada por el mensaje que en aquel momento estaba recibiendo Kelemen desde la sección de comunicadores, Alice se

alejó de Drem. El capitán se levantó al verla llegar y dijo:

—Una nave se ha puesto en contacto con nosotros, comandante. Su jefe solicita pasar al Hermes para hablar con usted.

—¿Se ha identificado? —preguntó extrañada.

—Parecía estar esperándonos. Dice ser de la flota de Ohbur.

—Ese planeta se rindió hace unos días.

—Pero pueden haber quedado unidades que han optado por no deponer las armas —argumentó Kelemen.

—¿Saben que somos del Orden?

—Me parece que sí.

Inmediatamente, Alice ordenó:

—Haga pasar al comandante de esa nave. Y que el Hermes disminuya la velocidad; no creo que puedan mantener por mucho tiempo nuestro ritmo de marcha.

Al regresar Alice junto a Drem, éste dijo:

—Conozco a la gente de Ohbur. No admitirán la derrota. Seguirán luchando mucho tiempo por su independencia.

—¿Qué supone que querrán de nosotros? —preguntó.

—Es obvio, ¿no? Ayuda.

La mujer no contestó. No podía hacerlo porque no sabía qué responder.

\* \* \*

Minutos después, el comandante de la nave ohburiana estaba delante de Alice. Era un hombre de unos cincuenta años, en la plenitud de su vida. Quizás antes de ser jefe de una nave de guerra lo fuera de un mercante; la guerra con Ruder lo habría obligado a convertirse en soldado. Alice adivinó enseguida que no era un militar profesional, pero no por ello lo trató con menosprecio. Por el contrario, procuró que su trato hacia él fuese todo lo amable posible.

—Bien venido a mi nave, comandante —dijo al ohburiano.

—Me llamo Klem, señora. Y, si no me equivoco, estoy en un navío del Orden Estelar.

—Así es. ¿Puede explicarme cómo supo que seguiríamos esta ruta y cuál era nuestra identidad?

Aspirando aire, Klem dijo:

—Antes de que nuestro planeta tuviera que rendirse, pensamos en enviar una misión a Cetso para entrevistarnos con los miembros del Orden. Allí tenemos algunos enlaces. Hace poco recibimos un mensaje impulsado por láser que nos comunicó su ruta. Pero la verdad es que no esperábamos que llegaran tan pronto.

—Lamento que las circunstancias hayan impedido que la misión que alude no haya podido desplazarse a Cetso.

Klem se mordió los labios.

—Los ruderianos lanzaron un feroz ataque y tuvimos que rendirnos antes de lo que esperábamos —explicó—. Pero yo era quien iba a ser el portavoz y pude escapar. Ahora puedo transmitirle los deseos de mi pueblo.

—¿Cuáles son? —Alice hizo la pregunta, aunque ya sabía la respuesta.

—Es necesario que la ambición de Grehan sea detenida a toda costa. Si no lo impedimos, antes de veinte años será dueño de muchos planetas más.

—¿Y qué sugiere?

—Dicen que el Orden impone la paz en la galaxia. Si es cierto, éste es un buen lugar para que ustedes corroboren este rumor.

A Alice le dolía, pero no tenía otra alternativa que decir:

—No eran exactamente ciertas sus informaciones, comandante Klem. Existen casos en los que el Orden se ve imposibilitado de hacer uso de las armas.

Y explicó que ellos no tenían firmado ningún tratado de defensa con ninguno de los planetas invadidos, y mucho menos pertenecían al Orden.

—Si es por eso, yo tengo plenos poderes para firmar tratados. El desaparecido Consejo de mi mundo me los otorgó antes de la rendición.

—Pero no representa ya a un planeta que pueda regirse por sí mismo, ¿no es así? —Alice trataba de disimular su pesar ante la actitud que forzosamente tenía que adoptar.

—Sí, pero... De todas formas, usted sabe que Ruder es el agresor. ¿Acaso no repudian su proceder? ¿Van a permitir que siga esclavizando mundos enteros?

—No puedo aprobar ni repudiar nada. Sólo me atengo a las

reglas. El Orden es lo que es porque las respeta. No seríamos nosotros respetados en la galaxia si vulnerásemos nuestras propias leyes.

Klem adelantó la barbilla y apretó los labios.

—Lamento haberla molestado, señora. Me dijeron que esta nave iba a Ruder, que estaban invitados a las fiestas de la coronación. Esos datos me debieron haber impedido venir. Otro, menos iluso, debió comprender que nada positivo obtendría.

—Lo siento —respondió lacónica, Alice.

Iniciando la retirada, Klem dijo, a guisa de saludo:

—Diviértanse en los festejos. Serán hermosos, regados con sangre.

Alice lo vio alejarse hacia la esclusa donde le esperaba la pequeña nave de transbordo. El hombre, ante lo sucedido, había perdido lo poco de militar que tenía, surgiendo en él el sencillo navegante del espacio convertido en soldado a la fuerza.

De vuelta al puente, la mujer dijo a Drem, que caminaba a su lado:

—Antes de juzgarme debe reconsiderar las circunstancias.

—Yo no la juzgo. La admiro.

Ella se detuvo.

—¿Aunque me crea un ser deshumanizado, incapaz de ayudar a quienes lo necesitan?

Drem empezó una pequeña sonrisa.

—Debí decir no que la admiro, sino que la deseo. Cuando un hombre desea a una mujer como usted, todo lo demás, lo que ella haga, le trae sin cuidado.

Tal vez, en otro momento, Alice se hubiera sentido halagada con aquellas palabras o hubiera echado a reír. Pero aún tenía reciente la mirada mezcla de odio y resentimiento de Klem.

—Está olvidando que es un simple huésped, Drem. Compórtese como tal. Si ésta es la manera de cortejar que usa en su planeta, recuerde que pertenezco a otra civilización.

—¿Mejor que la mía?

—Distinta. Con otras costumbres.

—No me diga que la ofendo. ¿O es que teme terminar en mis brazos?

—No le temo; me molesta. Eso es todo. Ahora discúlpeme; tengo

una tarea importante que realizar.

Rápidamente, Alice ascendió hasta su palco. Desde allí vio cómo Drem salía del puente. A solas, pudo dedicarse a sus pensamientos.

Se imaginaba lo que iba a suceder, al menos si juzgaba los hechos acaecidos. Tendría que presenciar unas fiestas fastuosas, casi bárbaras, en Ruder. Incluso era posible que el príncipe y futuro emperador se dignase a recibirla, para manifestarle que su nuevo imperio no deseaba mantener relaciones con el Orden. Con aquello tendría suficiente para llenar el informe. El alto mando se encargaría de analizarlo y decidir si era conveniente o no seguir ocupándose de aquella zona estelar.

Lo más probable sería que durante muchos años, o siglos, ninguna nave del Orden regresase allí. El naciente imperio de Grehan crecería o se derrumbaría. Aunque ocurriese lo primero, por mucho poder que acumulase, nunca representaría un serio peligro para el Orden y los planetas unidos a él.

Alice pensó que ojalá hubieran transcurrido aquellos ocho días sin que se recibiese la invitación del príncipe. El Hermes hubiera regresado a la Tierra antes de un mes, donde a su tripulación les esperaba un merecido descanso.

La idea de regresar a la Tierra hizo sonreír a Alice. Aún estaría allí Adán. Entonces sabría si sus presentimientos eran ciertos y, por una vez, las máquinas se habían equivocado al asignarle el grado de teniente.

Ella estaba segura de que Adán poseía cualidades para servir al Orden más que como un simple oficial. Pero arrugó el ceño, porque pensó que si todo había sido una falsa esperanza, el golpe que Adán iba a recibir sería demoledor para su moral. Tardaría mucho en rehacerse y solicitaría el inmediato envío al frente rebelde.

Alice suspiró, diciéndose que ya tendría tiempo para preocuparse por aquel problema. Ahora tenía otro al que dedicar su atención. Pronto llegaría a Ruder.

Deseaba conocer al príncipe.

\* \* \*

—Me fastidia que ese tipo de Burga, Drem, esté siempre detrás

de la comandante —comentó Kelemen.

LeLoux, divertida, respondió:

—Si estuviera aquí el teniente Villagran seguramente ya le habría dado un puñetazo.

—¿Sigues pensando que Adán estaba enamorado de ella?

—Eso pensamos todos, ¿no? —dijo la capitana, encogiéndose de hombros—. Pero ahora lo dudo un poco. Su viaje a la Tierra echó por la borda tal hipótesis.

—Es extraña su marcha. Creo que la comandante lo envió allá por expresa voluntad.

—De todas formas, él quería marcharse del Hermes. Le pregunté a la comandante por los motivos que tenía Adán de dejarnos y no quiso responderme. Yo creo que...

Callaron al ver aproximarse a Alice seguida de su inseparable acompañante.

—Hemos recorrido la ciudad —dijo Alice—. Drem me acompañó y celebro que lo haya hecho. Pese a que está bellamente engalanada para las fiestas de la coronación, los adornos no ocultan que una gran parte de sus habitantes viven tan miserablemente como los que llaman prisioneros de guerra y no son otra cosa que esclavos, mano de obra barata.

Drem tenía el semblante sombrío cuando dijo:

—He visto miles de compatriotas míos trabajando en las labores más duras. No sabía que hubiera tantos en Ruder. El príncipe ha debido traer muchos de mi planeta.

—Teniendo en cuenta el sistema social de Ruder, es lógico que utilicen esclavas —dijo Kelemen—. Las mujeres aquí no sirven en el ejército ni trabajan en ninguna profesión un poco dura. Si quieren llevar adelante una costosa guerra de conquistas, han de echar mano a los hombres de las tierras conquistadas para cubrir los puestos de los que marchan al combate.

—Pero, de todas formas, la inmensa mayoría de los ruderianos no nada en la abundancia —insistió Alice—. No es que pasen miseria, pero carecen de muchas comodidades.

—Antes esto no sucedía —dijo Drem.

—Pero sin duda alguna el pueblo idolatra a su príncipe —manifestó con cierto disgusto Alice.

—Eso ya lo sabía yo y se lo dije —recordó Drem—. ¿Le apena

haberlo comprobado con sus propios ojos?

—Era la única posibilidad que teníamos de poder intervenir militarmente en este planeta si la situación lo requiriese —dijo Alice—. Si el gobernante es un tirano, podemos forzar un referéndum. Es un medio poco usado por el Orden, pero legal dentro de nuestras leyes.

Drem miró con asombro a Alice.

—Siempre que habla de leyes se refiere a las suyas. ¿Es que las demás no cuentan para ustedes?

—Cuando no nos interesan, no —repuso, lacónica, Alice. A sus capitanes, agregó—: Es casi la hora de la coronación. Debemos darnos prisa si queremos ocupar un buen sitio desde donde no perdernos un solo detalle.

Salieron de la habitación. En el espacioso corredor se unieron a muchas personas, invitadas a los festejos, procedentes de muchos planetas. Alice estudió a aquellas personas con marcada curiosidad. Había reyes, presidentes y dictadores, además de docenas de embajadores acompañados de sus respectivas damas. Los hombres iban lujosamente vestidos, derrochando riquezas y joyas. Las mujeres se esforzaban en mostrar generosamente sus encantos. Los maquillajes de polvo de oro se alternaban con los de plata, los complicados dibujos en los senos y los tatuajes de las piernas. Algunas, bellísimas de rostro, habían llegado al extremo de afeitarse la cabeza y adornarse con suaves y coloridas plumas.

Las modas de veinte mundos se mezclaban allí, convirtiendo la reunión en un singular carnaval.

Mientras las hembras vanidosamente sólo se preocupaban de aventajar a las demás y ridiculizarlas, los hombres que regían los planetas vecinos no podían disimular la preocupación que brotaba de sus rostros. Aunque habían sido invitados a una fiesta en la que su seguridad personal estaba garantizada, presentían que aquella coronación iba a ser el comienzo de una era llena de muerte y destrucción.

Decían que la ambición que embargaba al príncipe no tenía límites. Que si había convocado amistosamente a aquellos líderes era porque deseaba conocer personalmente a quienes serían sus próximos vasallos.

Un chambelán recorría el pasillo en dirección contraria a los

invitados, canturreando monótonamente unas palabras.

—Su Serenidad pide a sus distinguidos huéspedes que esperen en el gran salón. La ceremonia se retrasará algo más de lo previsto, pero Su Serenidad quiere que todos permanezcan allí. Tendrán de beber y comer.

Alice descubrió en las palabras del chambelán que el príncipe no rogaba, sino que «pedía» y «quería». Pronto empezaba a descubrir su juego. No le extrañaría en absoluto que al final de la coronación hiciera público su deseo de que todos los planetas vecinos accedieran a rendirle tributo.

Un alto secretario de la corte de Ruder se acercó resueltamente a Alice. Después de saludarla con una exagerada inclinación, dijo:

—Su Serenidad, la princesa Berlah, suplica a la comandante del Orden que la honre con su presencia. No la entretendrá demasiado, para que pueda asistir a la coronación.

—¿Para qué querrá verla la loca de Berlah? —preguntó Drem a Alice, utilizando el comunicador de oído.

Antes de llegar a Ruder, le hubiera gustado a Alice que quien deseara verla fuese Grehan. Pero el príncipe parecía estar demasiado ocupado con los preparativos de su ascenso a emperador. Entonces el hecho de ver a su hermana Berlah no la hubiera entusiasmado, aunque después de escuchar tantas cosas de ella y de su poca cordura sentía algo de curiosidad.

—Yo seré la honrada —respondió la comandante al secretario.

—Le acompaño —dijo Drem a viva voz.

—No. Quédese aquí —ordenó con firmeza Alice, y Drem no se atrevió a dar un paso para seguirla cuando ella se marchó detrás del secretario.

—No se preocupe por nuestra comandante. Ella sabe cuidarse —sonrió Kelemen.

Drem le dirigió una fulminante mirada y se alejó con rápidos pasos hacia el gran salón.

## 8

Si las leyes patriarcales de Ruder no lo hubieran impedido, aquella mujer que estaba delante de Alice Cooper hubiera sido la futura reina.

La terrestre la observó con detenimiento, aunque sin insolencia. En unos segundos llegó a hacerse cargo de que Berlah, la hermana mayor de Grehan, distaba mucho de tener perturbadas sus facultades mentales. Tal vez para los ruderianos hubiera sido difícil asegurar tal cosa, pero Alice intuyó enseguida que Berlah era una vulgar comediente que, ignoraba aún por qué motivos, se esforzaba por aparentar una locura vulgar. Podía ser una paranoica, pero no estaba loca.

La fría mirada de Berlah recibió la entrada de Alice en la estancia donde la aguardaba. La princesa tendría unos treinta años, aunque a simple vista aparentaba más. Sus vestidos carecían de toda clase de lujos: eran una simple túnica y capa azules. Su peinado, sencillo, no soportaba joya alguna.

No existió intercambio de saludos en aquel encuentro. Inesperadamente, Berlah dijo con voz hueca:

—Si yo hubiera nacido en su planeta sería como usted; los hombres me obedecerían, reconociendo mi inteligencia superior.

Momentáneamente Alice se encontró sin saber qué decir. Aquel recibimiento era inesperado, sorprendente. No respondió.

—Conozco bien las costumbres de la Tierra y el Orden —siguió diciendo Berlah—. Hace unos años llegó una nave que se extravió por el hiperespacio; sus tripulantes venían de un mundo aliado al Orden. De ellos sé muchas cosas, de sus costumbres, de su poder y de que las mujeres en los mundos que gobierna el Orden pueden alcanzar tanta fama y popularidad como los hombres; incluso conquistar el poder si son aptas.

La terrestre seguía manteniendo su silencio. Mientras la otra

hablase, ella estaba dispuesta a escuchar. Y Berlah no se hizo rogar. Añadió:

—Si en este planeta existiesen esas leyes, que le permiten gobernar una gran nave y mandar sobre cientos de hombres y mujeres, hoy sería yo y no Grehan coronada emperatriz.

Alice empezaba a modificar su criterio respecto a la cordura de Berlah. Si no estaba loca de atar, podía afirmar que su mente estaba ligeramente perturbada. Pero de lo que estaba segura es que era peligrosa.

—Quizás hubiera sido mejor para esta zona estelar que sucediese lo que Su Serenidad desea —replicó Alice—. Es posible que siendo Su Serenidad la futura reina, no hubiera existido la guerra.

Berlah soltó una sonora carcajada.

—Hubiera cambiado la persona, pero no los resultados —respondió, tornándose rápidamente seria.

—Veo que está de acuerdo con la política de su hermano.

—Es también mi política. Si tolero que Grehan sea quien reciba los honores y la admiración del pueblo, es porque él está haciendo exactamente lo que yo hubiera realizado.

—El amor que siente por su hermano es sublime —sonrió Alice—. Conozco sus desvelos cuando él estuvo enfermo y usted le cuidó. Eso me hace sospechar que sus deseos de ser reina no eran mayores que los que sentía para que su hermano viviese. Si él hubiera muerto...

—No pretenda, habiendo llegado hace poco a Ruder, conocerlo todo —silabeó Berlah—. No todo lo que se rumorea es cierto. ¿Le dijeron que yo era la única que conocía la enfermedad que padecía Grehan y que le podía curar?

Alice negó con la cabeza.

—Todo el mundo estaba asustado ante la perspectiva de que Grehan muriese. Y yo nunca hubiera sido reina. Si hubiera tenido la suerte de probar que yo había hecho lo posible por salvarle, una vez muerto mi hermano víctima de la enfermedad, se hubiera buscado un primo lejano mío para el trono. ¡Nunca yo! ¡Nunca una mujer! —Berlah apretó los puños y respiró con esfuerzo. Al calmarse, añadió—: Fueron muchos meses los que luché por salvarle. Puse todo mi esfuerzo, porque sabía que aquello era el mal menor. Al menos ya por entonces conocía los proyectos de mi hermano y me

gustaron porque eran mis mismos pensamientos —esbozó una cruel sonrisa—. Por eso la he mandado llamar.

—Es cierto. Me ha hecho venir para algo importante, supongo. Su interesante conversación me ha hecho olvidarlo.

Berlah desentonaba con sus espartanas ropas en medio del lujo de aquella habitación. Al pasear por ella, el contraste se hizo más notorio.

—Sé perfectamente —dijo la princesa— que el Orden no podrá intervenir en esta zona estelar aunque lo desee. Los únicos que podrían firmar un tratado de paz con ustedes o unirse plenamente al Orden no lo harán. Me refiero a Cetso. Ese planeta tiene demasiado miedo a perder su independencia, a ganar dinero a montones traficando con todo el mundo. No se han dado cuenta aún de que estos tiempos son otros y que Ruder pronto los convertirá en su colonia más importante.

—Aún no me dice qué quiere de mí.

—Ya ha conseguido lo que deseaba: visitar Ruder para ampliar su informe. Cuando terminen las fiestas, márchese y diga a sus jefes que el Orden nada tiene que hacer aquí.

Alice sonrió al responder.

—El Orden respeta los deseos de los líderes de los mundos libres. Tomaré en consideración estos deseos si los oigo de labios de Su Serenidad el príncipe Grehan.

—Los digo yo —repuso ásperamente Berlah.

—No es suficiente. No la reconozco como líder de Ruder.

Berlah pareció estallar a causa de la furia acumulada en su ser. Resopló ruidosamente, ganando tiempo para calmarse.

—¿Precisan sus leyes que sea el propio líder quien le diga lo que desea un pueblo? ¿Incluso que firme un documento?

—Sí.

—Está bien. Ya será avisada cuando Grehan desee verla.

La entrevista parecía concluir. Como Berlah no daba muestras de decir nada más, Alice empezó a volverse para dirigirse a la salida. Entonces se fijó en el retrato colgado junto a la puerta.

Era un hermoso retrato. Se trataría del príncipe Grehan. Ciertamente, cualquiera podía sentirse atraído desde el primer momento por la gran personalidad que incluso desde la pintura irradiaban sus ojos.

Según el artista, y si la obra no era muy antigua, Grehan debía tener en la reproducción unos veinte años. Era alto, espigado, y lo más encantador de su rostro eran sus soñadores ojos azules. Vestía con gallardía un uniforme de mariscal, como si fuera a representar una de aquellas viejas comedias musicales de la Tierra, que llegaron a representarse con seres vivos hasta el comienzo de la Primera Era.

Berlah notó que Alice parecía haber perdido la noción del tiempo observando aquel retrato, por lo que explicó, un tanto orgullosa:

—Es mi hermano, poco antes de caer enfermo. Es el único retrato que conservamos de él. Después no quiso hacerse ninguno más. Usted ha tenido suerte en verlo, porque en estas habitaciones privadas apenas si entra gente.

—Seis o siete años habrán pasado desde que lo retrataron —musitó Alice—. Si no ha cambiado sustancialmente, comprendo por qué con sólo su presencia sea capaz de hacerse seguir por todo un planeta a la guerra.

La mujer se acercó a Alice para contemplar mejor el retrato. Entonces la terrestre, al notar cómo la mujer entornaba los ojos para ver la pintura, comprendió que Berlah era miope. A veces resultaba paradójico que un mundo estuviese muy adelantado en ciertas ciencias y en otras anduviese en pañales. Al parecer, la óptica en Ruder se limitaba a colocar lentes a los deficientes de la vista. Debían desconocerse la cirugía visual o la simple adaptación de lentes de contacto fijas.

—Es un retrato que no refleja plenamente a Grehan. Cuando culmine sus conquistas, haré que le hagan otro. Se reproducirá por millones y haré que en todos los hogares haya uno, tanto en los de sus fieles servidores como en los de sus enemigos.

La princesa hablaba como en éxtasis, sin tener presente que Alice estaba a su lado, escuchándole vivamente sorprendida y conteniendo sus deseos de hacer preguntas.

Aquellas palabras de Berlah la habían sumido en un mar de confusiones, de interrogantes. Decidió callar y meditar después, analizando las frases de Berlah, en las que inconscientemente había reflejado hechos que hasta entonces habían estado profundamente enterrados en su mente.

Alice fue conducida fuera de las habitaciones privadas por el

mismo secretario, que la había estado aguardando pacientemente en pie. Fuera de las habitaciones, volvió a encontrarse con los soldados de uniforme rojo, de mirada perdida en el vacío y que por lo semejante en sus facciones no pudo asegurar si eran los mismos que en el Lugar Neutral del astropuerto de Cetso habían ejecutado al almirante.

De vuelta al gran salón, le costó bastante encontrar a los dos capitanes y a Drem. Los tres estaban cerca de una mesa en la cual los exquisitos alimentos y bebidas parecían rebasar los límites del tablero, tal era su abundancia.

Los invitados a la coronación, formando corros y sin cesar de beber y comer, no parecían darle demasiada importancia a la demora sufrida.

—¿Qué quería la princesa? —preguntó Kelemen.

—Conocerme.

—¿Vio al príncipe?

—No. Sólo estaba ella.

—No me explico para qué la quería ver la princesa. Todo el mundo sabe que está loca. Siempre lo estuvo, pero desde la enfermedad de su hermano, empeoró muchísimo —comentó Drem.

Alice se abstuvo de decir que a ella no le había parecido nada loca de atar la actitud de la princesa.

Un humanoide de los asteroides cercanos a Cetso escuchó la conversación. Con su andar torpe se acercó. Al abrir la boca todos supieron que había bebido más de la cuenta.

—Berlah siempre fue una figura decorativa en la corte —dijo el ser de raza reptil, con poca audible voz—. Pero últimamente está adquiriendo gran importancia en palacio. Su hermano se preocupa de que todo el mundo la obedezca. Algunos empezaron a protestar ante esto, aludiendo las viejas leyes de Ruder. Nadie volvió a saber de ellos. ¡Plaf! Desaparecieron misteriosamente. Todos recibieron la visita de la Policía Especial en sus domicilios.

Hipando, el humanoide agregó antes de alejarse en busca de más vino:

—La Policía Especial la creó el príncipe antes de comenzar sus guerras de conquista. Cualquiera de ellos, incluso el de menor grado, está muy por encima del más elevado mariscal o almirante. ¿No es curioso?

—Está borracho —dijo LeLoux.

Alice torció el gesto.

—Pero ha dicho cosas interesantes. —Y sonrió enigmáticamente.

Sonaron en aquel momento unos agudos clarines y todo el mundo se volvió para mirar hacia la desnuda pared del fondo del salón. Solamente entonces Alice se dio cuenta que allí no había ningún trono sobre el que se sentase el príncipe y que era extraño que una pared reluciese pulida y las demás estuviesen sobrecargadas de adornos labrados.

Sigilosamente, el regidor de Cetso se había aproximado hasta ellos, diciendo:

—Les veo un tanto sorprendidos. ¿Es porque no se explican la ausencia de un ostentoso trono de oro macizo? —Sin esperar respuesta a su pregunta, Cokh añadió—: Aunque a ustedes les parezca una defensa, ninguno más pensará que así es lo que pronto vamos a ver. El príncipe no estará con nosotros en persona. Se hallará en la recámara del trono, que es bastante pequeña. Allí, unas cámaras automáticas irán proyectando sobre esa gran pared la ceremonia de la coronación. Sólo veremos al príncipe y su hermana Berlah, que será la que coloque sobre Su Serenísima cabeza la Triple Corona.

—¿Es una medida de seguridad para evitar atentados? —preguntó Alice.

—No lo creo. Nadie de nosotros ha podido entrar con armas al gran salón —negó el regidor.

Alice recordó que todos tuvieron que dejar las suyas en el mismo instante de abandonar el Hermes y entrar en palacio. Pero estaban muy equivocados los celosos miembros de la Policía Especial si presumían de haber desarmado a los soldados del Orden.

—Al mismo tiempo, cientos de miles, millones tal vez de pantallas como ésta, aunque ninguna tan grande, ofrecerán a Ruder y los Tres Planetas la ceremonia. Cuando Grehan quiere dirigirse a su pueblo, les habla desde la recámara del trono. De todas formas es mejor así; con toda esta gente poco veríamos. La pantalla nos acercará el rostro de Su Serenidad cuando llegue el momento en que las delicadas manos de la princesa le coloquen la Triple Corona. Luego es posible que pase entre nosotros para recibir las felicitaciones personalmente.

Volvieron a sonar los clarines, acompañados de timbales y la desnuda pared relampagueó. Cuando la imagen se estabilizó, todos pudieron observar la pequeña sala del trono. Nadie había en ella. Una voz comenzó a sonar por todos los rincones del gran salón, anunciando la próxima coronación de Su Serenidad como emperador de Ruder y los Tres Planetas.

La princesa Berlah apareció primero en la pantalla. Caminaba lentamente, sosteniendo entre sus manos un dorado cojín sobre el que descansaba una espléndida triple corona. Se situó a la derecha del trono, quedándose quieta. Parecía haberse convertido en una estatua.

El narrador siguió contando las excelsas virtudes de Grehan, enumerando una larga lista de títulos, de honores y privilegios. La voz se convirtió en un susurro y terminó por callar al mismo tiempo que volvieron a sonar los clarines y una marcha triunfal, estrepitosa, llenó el gran salón. Alcanzó el clímax y decreció luego, aunque siguió sonando suavemente.

Su Serenidad apareció lentamente en la pantalla y todo el mundo contuvo la respiración.

Alice miró con atención a Grehan. Era el mismo del retrato y al mismo tiempo no lo era. ¿Acaso el artista se había recreado en su obra, exagerando las cualidades físicas del modelo al mismo tiempo que anulaba las imperfecciones? No, no era eso. La persona que vestía el uniforme regio del retrato no tenía ninguna imperfección. Disponía del mismo atractivo, de la misma enorme personalidad que incluso desde el lienzo emanaba.

Pero Alice se dijo que el pintor había sido —o era— un genio. Había poseído el suficiente arte para infundir en su obra todo el magnetismo del futuro emperador. ¿O aún más? Lo cierto es que Alice se había sentido más impresionada con el retrato que con la imagen reflejada en la pantalla. Quizás en persona el príncipe igualase al cuadro. Empero, por el momento, Alice prefería a la persona tan artísticamente trasplantada al lienzo.

La ceremonia iba a ser breve. El príncipe se sentó lentamente en el trono y por primera vez miró hacia los objetivos. Las cámaras aumentaron el plano.

La princesa tomó la Triple Corona y muy despacio, como si quisiera prolongar para la posteridad el momento, alzó sobre la

cabeza de Grehan la joya. Mientras musitaba unas incomprensibles palabras, colocó sobre la cabeza de su hermano las tres coronas unidas.

La gente del gran salón gritó y aplaudió frenéticamente cuando el príncipe, ya emperador, se levantó para hablar.

Sin poder evitar un estremecimiento ante aquella prueba de fanatismo, Alice observaba cómo los altos militares de Ruder y funcionarios se desgañitaban al mismo tiempo que hacían enrojecer las palmas de las manos al aplaudir.

De repente se hizo un silencio total. El emperador Grehan ocupaba ahora con sólo su cabeza la gigantesca pantalla y parecía estudiar a la gran multitud que llenaba el salón.

—Parece tener delante de si una pantalla que le muestra su selecto auditorio, nosotros —susurró Alice.

—No hable ahora —recomendó el regidor de Cetso.

Entonces la mujer notó el pesado silencio que había caído sobre el gran salón. Toda la atención de la terrestre se volcó hacia aquel rostro enorme, rebosante de orgullo y satisfacción. El nuevo emperador parecía recrearse en la admiración... o el miedo que despertaba, retardando el momento de hablar.

Alice tuvo que valerse de toda su voluntad para no gritar, para no decir a aquellos estúpidos lo que ella estaba averiguando simplemente con el estudio de la gran faz de Grehan. Ya no tenía la menor duda. Todo lo que ella había creído que podía ser estaba resultando ser verdad. Los ojos de Grehan. Tantas cosas.

No podía ser de otra forma. La voz del emperador era perfecta cuando habló:

—Vasallos de Ruder y Tres Planetas, representantes de mundos amigos y vecinos. Yo, Su Serenidad el Emperador Grehan, os saludo. Para completar la felicidad que estoy seguro estáis sintiendo en estos instantes os diré que ahora mismo comienza una nueva era de gloria no sólo para los planetas que tienen el honor de rendirme obediencia, sino para todos los que están representados en el gran salón por sus dignos líderes y enviados plenipotenciarios.

»Pronto tendré que modificar el nombre de mis territorios; pronto no sólo será el de Ruder y Tres Planetas, sino el de Ruder y Veinte Planetas. Enviados de otros mundos, os hago saber que os invito pacíficamente a unir vuestras naciones a mis dominios, a

rendirme tributo y a prestar juramento de lealtad.

»Aquellos planetas que antes de finalizar las fiestas de mi coronación reconozcan este nuevo estado, recibirán privilegios. Los que retarden su decisión se atendrán a las consecuencias. Tarde o temprano, por grado o por fuerza tendrán que hacerlo y entonces yo, Su Serenidad, no seré tan piadoso ni tan generoso.

Los ruderianos volvieron a manifestarse ruidosamente al término de las palabras de Grehan, pero los invitados palidecieron, mirándose unos a otros buscando ayuda. Estaban desunidos, cargados de miedo y ninguno habló.

Alice oyó cómo Cokh suspiraba a su lado.

—Es lo que temía. Grehan ha descubierto su juego. Ya no hay duda, será el dueño de toda la zona estelar.

La mujer no le prestó mucha atención. Su capacidad mental estaba dedicada a resolver otros problemas de reciente planteamiento.

Nunca supo Alice si hubiera llevado a cabo en aquel instante el arriesgado plan que acababa de idear. Nunca lo sabría porque en ese momento, desde el fondo de la estancia, una voz desgarradora se impuso sobre los murmullos que había levantado el breve pero amenazador discurso de Grehan.

—¡Tirano, asesino de pueblos! ¡Nunca te saldrás con la tuya!

## 9

Cientos, miles de cabezas, se volvieron para mirar hacia atrás. Y vieron cómo un hombre vestido de etiqueta saltaba sobre una mesa de viandas, derribándolas al suelo. Su rostro estaba rojo y los ojos a punto de saltarle de las cuencas cuando su mano derecha, mientras gesticulaba, se detenía para apuntar con una pequeña pistola de energía hacia la pantalla desde donde el nuevo emperador observaba imperturbable.

Antes de que los uniformes rojos de la Policía Especial se movieran sonaron seis disparos que parecieron uno. La gente chilló de terror cuando sobre el rostro de Grehan crecieron media docena de manchas negras.

Pero Su Serenidad empezó a sonreír. Y muchos suspiraron. Otros comprendieron pronto, llenos de desaliento, que aquel enloquecido gesto no podía obtener el resultado apetecido por el que había disparado el arma, que era también el de ellos.

Los hombres vestidos de escarlata ya habían caído sobre el autor del estéril atentado contra una simple pantalla reproductora. Apenas se necesitó lucha para reducirlo. El hombre, pasado el momento de la exaltación, había comprendido lo inútil de su gesto. La realidad le había aplastado más que el peso de los policías y se dejó prender, anonadado.

—Es Klem, el de Ohbur —dijo LeLoux.

Cuando el hombre pasó cerca de ellos conducido por los policías, Alice confirmó con sus ojos las palabras de la capitana. Klem había perdido el encendido tono de su rostro. Ahora estaba pálido, arrepentido quizá por haberse precipitado, por dejarse llevar de los nervios que le habían impulsado a disparar contra la simple imagen de Grehan.

Vieron al general Wulkro, que en medio de un amplio círculo dejado por los invitados, hizo una reverencia a la pantalla, donde

aún el moteado rostro del emperador asistía impasible a los acontecimientos.

—El enemigo de Su Serenidad, un traidor ohburiano que no acata la rendición de los suyos, ha sido dominado. Desde este momento espera la justa decisión de Su Serenidad.

A las palabras del coronel, el emperador replicó:

—Las leyes de Ruder, las viejas leyes, son tajantes al respecto: muerte por disección.

Los ruderianos sonrieron complacidos, pensando que era lo menos que merecía quien intentó matar a su líder. Los invitados de otros mundos acentuaron la palidez de sus rostros. Aquella muerte era horrible, casi desterrada hacía siglos incluso en Ruder.

Klem sería sajado lentamente, centímetro a centímetro, hasta que sólo quedase un pequeño halo de vida en su mente. Viviría dentro del más denso dolor gracias a la técnica, para que pudiese sufrir plenamente el martirio.

Mientras la imagen de su persona disminuía de tamaño hasta que volvió a aparecer sentado en su trono, Grehan agregó:

—La sentencia será cumplida de inmediato y retransmitida a Ruder y los Tres Planetas. Será una advertencia a los posibles traidores.

Los policías iban a llevarse al desmadejado Klem cuando Alice, sorprendiendo incluso a sus hombres, saltó al centro del círculo, gritando a la pantalla:

—Todo reo, incluso los condenados por los reyes de Ruder, tiene derecho a un defensor. Yo intentaré salvar la vida de este hombre.

Drem gritó para sí y el grito le produjo un inmenso dolor. Quiso golpearse, herirse por haber contestado a las preguntas de Alice, cuando días antes quería saber tanto de Ruder y sus viejas e inflexibles leyes, que no eran vulneradas siquiera por sus reyes. ¿Por qué le explicó lo que él sabía cuando alguien era condenado a muerte por la máxima autoridad de Ruder?

Estuvo a punto de saltar al círculo para sacar de allí a Alice, pero los capitanes del Orden se lo impidieron. Ellos también estaban aterrorizados ante el proceder de la comandante, pero ante todo tenían que atenerse a la disciplina.

Alice podía arrojarse por un precipicio si así lo deseaba y no demostraba antes haber perdido totalmente la razón. Y un jefe del

Orden no podía enloquecer. Antes de demostrarlo ante todo el mundo, había que dejarle hacer, aunque muriese, y luego decir que su proceder había sido el correcto.

Así, aun en contra de su voluntad, Kelemen y LeLoux, luchando contra Drem, tuvieron que escuchar cómo Grehan, después de soltar una risita de hilaridad coreada por su hermana, decía:

—Pareces conocer las leyes de mi planeta, terrestre. Pero ¿sabes también la suerte que corre quien se atreve a defender a un condenado por mí?

Alice asintió. El emperador veía su gesto.

—Si el condenado no es absuelto, tú también correrás su misma suerte. Y yo seré el único que decidirá si me he equivocado o no. Y mi decisión será inmediata después de escucharte brevemente.

—De acuerdo —admitió, llena de serenidad, Alice—. Pero el defensor puede elegir la forma de juicio que desee.

Las perfectas cejas de Grehan se unieron interrogadoramente.

—¿Qué quieres decir?

—Elijo la sala del trono y estar a solas tú y yo.

Sobre las voces de sorpresa y protesta, se alzó la del general Wulkro, que dijo:

—Su Serenidad debe negarse a tal disparate. La comandante del Orden puede atentar contra tu vida.

Alice miró divertida a Wulkro.

—¿Incluso en el patriarcal Ruder piensan que una dama desarmada pueda poner en peligro la existencia de un hombre fuerte e inteligente como el emperador?

Los ancestrales conceptos de la supremacía del varón de los ruderianos hicieron posible que por primera vez se dirigieran miradas de reproche hacia la pantalla, preludio de una segura repulsión hacia la regia figura si ésta rehusaba lo pedido por quien se ofrecía a defender la segura muerte de Klem.

No fue Grehan quien respondió. Berlah, anteponiéndose a él y el trono, dijo:

—Ni Su Serenidad, mi hermano, ni yo tenemos miedo. Podéis hacer venir a la terrestre. Ocupate de ello, general Wulkro.

Grehan se limitó a asentir cuando Wulkro le consultó con la mirada si debía obedecer a la princesa. El general había comprendido perfectamente que debía asegurarse que la terrestre

no portase ninguna clase de armas.

—He dicho a solas Su Serenidad y yo, princesa —recordó Alice.

A través de la pantalla, Berlah pareció querer destruir a la mujer de la Tierra con la mirada.

—Está bien. Su Serenidad no teme a nada. Te escuchará y luego te enviará a morir al lado de ese ser de Ohbur. Has sido una loca y pagarás las consecuencias. Ya te advertí.

Y le volvió la espalda a ella y los miles de personas del gran salón. Todos la vieron salir decidida de la estancia del trono, después de apretar con fuerza la diestra del nuevo emperador.

Grehan acercó de nuevo la cara a sus súbditos e invitados. Mostraba una sonrisa de confianza. Dijo:

—No temáis por mí. Mi estancia con la terrestre será breve. Demostraremos a esos orgullosos seres de la vieja Tierra que aquí no son temidos. Lamento que no veáis cómo ella suplicará por su vida ante mí. Por eso no desea que vosotros seáis testigos. Pero no os impacientéis. Pronto podréis ver a esa pobre mujer morir bajo miles de sajas junto al traidor ohburiano.

La imagen desapareció y la pared recobró su pulida superficie blanca y fría.

Los policías de rojo escoltaron a Alice hacia la salida del gran salón. Wulkro iba al frente de la comitiva, cosa que hizo después de indicar con un ademán a una docena de sus policías que rodeasen a los miembros del Orden acompañantes de la comandante.

—Pero... ¿es que no pensáis hacer nada? —masculló entre dientes Drem, mirando a los capitanes terrestres con marcado desprecio.

Los policías ya les rodeaban y dejaron libre a Drem. LeLoux dijo:

—La comandante no nos previno de nada. Por lo tanto, carecemos de instrucciones.

—Pero morirá —escupió Drem—. Todo será una farsa. Ella saldrá de la sala del trono condenada a morir sajada como Klem. Grehan no ha sido hipócrita. Ha dicho que ella seguiría la misma suerte que su defendido.

—Es posible —admitió lúgubrementemente Kelemen, que tampoco veía razonable la actitud de Alice.

—¿Qué haréis si ella muere?

—Regresar a la Tierra. Si nos lo permite esta gente, claro.

El regidor, pálido como un muerto, musitó:

—Grehan no se atreverá a quebrantar las leyes dictadas por los antiguos ruderianos. Saldréis del planeta si no cometéis otra locura como la de vuestra comandante. No lo entiendo, ¿por qué haría tal cosa?

Lo mismo se preguntó Drem. Alice conocía el peligro que corría. Era como pedir que la matasen a viva voz. No había salido al círculo para hablar a Grehan dispuesta a correr un riesgo, sino a que la asesinasen de una forma legal para las leyes de Ruder.

Y el Orden respetaba las leyes locales.

Los minutos fueron pasando, atormentadores para Drem. Hubiera dado su brazo derecho por saber lo que estaba ocurriendo en la sala del trono, ocupada tan sólo por Grehan y Alice, con los objetivos visores cegados. Cuando éstos entrasen en función, sobre la pared surgiría la bella y odiosa cara del emperador para anunciar que pronto iban a presenciar un sangriento espectáculo, en el cual un hombre y una mujer...

Drem sintió miedo incluso de pensarlo. Creía que con sus pensamientos podía anticipar la funesta suerte que irremisiblemente parecía estar echada sobre Alice.

Ella ya debía haber llegado a la sala del trono, pensó. Miró a los terrestres y adivinó el dolor que les ahogaba, aunque se esforzaban por aparentar serenidad.

De improviso, la pantalla que era una pared o viceversa, se encendió con un estampido de luz al tiempo que el aire huyó de los pulmones de Drem. La entrevista había durado menos de lo esperado.

Pero no estaba solo Grehan para anunciar que la terrestre había sido condenada también a muerte por su justo criterio. El emperador estaba de pie junto al trono sin mirar a su enorme auditorio. Frente a él, Alice parecía hablar.

También llegaba a los oídos de Drem la voz del emperador, que conversaba con Alice.

La escena defraudó a muchos primero y luego sorprendió a todos. Los objetivos mostraban el juicio, no el desenlace.

Y Alice, cuando aún nadie había podido analizar las palabras que se esparcían en la sala y que era la conversación entre la terrestre y el emperador, daba la impresión de pedir por su vida.

No se humillaba mostrándose de hinojos, sino que mientras movía sus labios en aún incomprensible frase, sus manos lentamente iban moviéndose sobre los cierres magnéticos de su uniforme negro y plata, permitiendo que las ropas cayesen a sus pies.

La comandante terrestre de la nave Hermes del Orden, se desnudaba ante Su Serenidad Grehan.

\* \* \*

Nuevamente en las habitaciones privadas y escoltada por los policías de rojo y el general Wulkro, Alice cruzó por la estancia donde momentos antes estuviera con Berlah. Sus ojos se posaron en el cuadro y, concretamente, en los ojos de Grehan. Entonces una sonrisa flotó en sus labios y su seguridad aumentó.

La última y más pequeña de sus dudas desapareció.

Dejaron atrás nuevas y lujosas estancias, hasta que en una les esperaba la princesa. Berlah dirigió a Alice una mirada que quería ser misericordiosa y resultó todo lo contrario. Paladeaba por anticipado la suerte que la terrestre iba a correr tan pronto como saliese de la sala del trono.

Pero Berlah preguntó a Wulkro:

—¿Te has asegurado de que no porta ninguna arma?

El general movió la cabeza afirmativamente, sonriendo ampliamente, como si quisiera reprender a la princesa por atreverse a dudar de su eficiencia.

—No lleva ningún objeto peligroso.

Berlah miró de arriba abajo a Alice.

—No creo que sea su intención atentar contra mi hermano; pero yo he insistido en que él tenga un arma cerca. Esta mujer se juega mucho, aunque anticipadamente ha perdido.

—¿Para qué esta farsa? —dijo el general—. Su Serenidad ya puede anunciar que la terrestre ha sido encontrada culpable a su justo criterio. Yo podría conducirla ya a la cámara de ejecución. Allí espera Klem a su compañera de viaje al infinito.

La princesa respondió irónica:

—Aunque nadie lo presencia, hagamos las cosas como mandan

las estúpidas leyes, general. Lleve a esta mujer ante mi hermano. Y déjelos solos.

Al pasar por el lado de la ruderiana, Alice dijo:

—Veo que está satisfecha, princesa.

—Mucho —respondió Berlah—. Antes no podía saber que iba a salirse con la suya. ¿No quería ver a mi hermano? —Soltó una carcajada y añadió, de forma mordiente—: Véalo. Gozaré viéndola caer a pedazos.

Sin cesar de caminar, Alice respondió:

—Lamentaré estropearle el espectáculo, pero comprenda que no me atrae en nada el papel que desea que interprete.

La terrestre sonreía enigmática cuando franqueó la puerta que conducía a la sala del trono. Fuera se quedaron los policías, que cerraron la entrada tras ella.

Alice estaba frente al recién coronado emperador. Sólo se fijó en sus ojos, para asegurarse que eran exactamente como los había visto en la imagen en color de la pantalla.

Luego, en unos segundos, puso en funcionamiento su alternador magnético del cinturón. Los policías no podían haber considerado como un arma aquel pequeño artillugio. Y, sin embargo, era la más mortal de las armas que podía emplear contra sus enemigos.

Pensó helada qué hubiera ocurrido si los guardias la hubieran despojado del cinturón. Borró de su mente aquello que no había sido. Ahora tenía delante de ella lo que tenía que realizar.

El emperador, sin pestañear y apenas mover los labios, haciendo gala plena de su gallardía, dijo con su bien modulada voz:

—Diga lo que quiera, pero sea breve. La supongo lo suficientemente inteligente como para comprender que, cualquiera que sea su argumentación, mi veredicto será idéntico.

Alice se fijó en la pequeña arma, como una aguja, que sostenía Grehan en su diestra. Sonrió y se dijo que no iba a necesitar defenderse de ella. Al menos de un amago físico. Iba a combatir de forma insólita, pero con la que esperaba vencer. Si no era así...

Ya habían pasado los segundos suficientes para que su alternador magnético hubiese cumplido su cometido. Su sensitivo oído percibió el chasquido de la cerradura fijar la puerta al marco y los relés de los objetivos de televisión entrar en funcionamiento.

El emperador, de espalda a los objetivos, no se percató de nada.

Seguía esperando la respuesta de Alice.

—Aparentemente, he caído en una trampa, ¿no? —dijo la terrestre, mientras su mano derecha ascendía hasta el cuello de su guerrera y anulaba la presión imantada de los cierres—. Debía pedir que esta reunión, o juicio para llamarlo de forma optimista, hubiera sido pública. Así me habrían escuchado muchas personas.

—Millones, querrá decir. Más de doce planetas han visto mi coronación. Luego verán cómo pronuncio sentencia contra usted. Y comprobarán que Ruder no teme al Orden cuando uno de sus miembros quebranta las viejas leyes. En realidad, su absurdo comportamiento ha servido para que los más recalcitrantes se decidan a rendirse a mí. Debo estarle agradecido, comandante. Efectivamente, nunca hubiera accedido a que nos observasen. Me alegré cuando pidió verme en privado.

Al caer la guerrera negra y plata a los pies de Alice, ésta dijo calmadamente:

—Nunca he visto un pueblo tan celoso de sus viejas leyes. Y nunca pensé que esto fuese a alegrarme tanto. Estoy segura que antes serían capaces de matarle a usted que vulnerarlas, ¿no?

—Es posible; pero no piense en eso —respondió el príncipe con un halo de sorpresa en su voz—. Los ruderianos no pueden llegar a pensar que yo, su más fiel guardián, vulnere las leyes de nuestros antepasados, aunque personalmente las encuentre odiosas en su mayoría. Estúpidas.

Las manos de la mujer aflojaban los cierres de su ajustado pantalón, lentamente, como saboreando la acción.

—Usted las odia, mientras que yo nunca he llegado a apreciar tanto unas leyes —dijo, al tiempo que se aseguraba que las cámaras elegían automáticamente la mejor de las escenas para proyectarla sobre la gran pantalla donde estaban reunidos nativos e invitados.

Ahora, pensó Alice, todas aquellas personas y cientos de millones en doce planetas, debían estar observando estupefactos el impasible rostro del venerado y reciente emperador.

—Absurdo —apuntó Grehan. Tenía los brazos cruzados y no movió un músculo cuando los pantalones se unieron a la guerrera en el suelo—. Usted no puede estar de acuerdo con unas leyes que la han condenado, de hecho, a la muerte.

Alice hubiera querido estar en el gran salón. No para huir de

una situación peligrosa, sino para divertirse con la expresión de Drem. ¿Qué estaría pensando de ella? Indudablemente, Kelemen y LeLoux comprenderían antes que Drem, aunque también iban a necesitar algún tiempo.

—Usted ha creado de su persona un mito como nunca tuvo Ruder.

Con un deliberado y rápido gesto, Alice terminó por desprenderse de sus últimas ropas. Sólo sus relucientes botas la cubrían. Entonces miró con altanería primero al príncipe, nuevo emperador, y luego al objetivo que enviaría su rostro sereno, nada avergonzado, a los millones de paralizados espectadores.

Pronunciando cada palabra lentamente, la terrestre dijo:

—¿O debo decir mejor que la artífice del mito ha sido la princesa Berlah? En la otra habitación, Berlah no pudo contenerse más.

Con los puños apretados y hundiéndose las uñas en la carne, había estado presenciando la inverosímil escena por medio de una pequeña pantalla, que ante su sorpresa se encendió automáticamente. Ahora había llegado a comprender la magnitud de los hechos que se desarrollaban en la sala del trono y aulló:

—¡Entren y maten a esa mujer!

Wulkro y los hombres parecían estar hipnotizados mirando la pantalla, comprobando la pasividad del admirado hombre.

También en el gran salón, como en todas partes de los doce planetas, millones de seres iban empezando a comprender. Los ufanos ruderianos, otrora orgullosos de su líder, creían haber llegado al final del mundo, de su particular mundo.

Sólo precisaron, para que todo concluyera, las nuevas palabras de Alice, dirigidas más al amplio auditorio que a la persona que estaba junto a ella.

—Una mujer ha gobernado Ruder, vulnerando su más sagrada ley. Esto —y señaló con el índice al emperador coronado— es sólo el pellejo de lo que hace años guardó el alma de Grehan. Ahora es únicamente el portavoz de los deseos dementes de la princesa Berlah.

Una descarga eléctrica pareció sacudir el cuerpo de Grehan. Abandonó su pasividad, su majestad innata pero diferente a la reproducida fielmente por el artista en su obra, en el cuadro. Sus

gestos se convirtieron en los de Berlah y su voz perdió su perfecto y mesurado tono, siendo reemplazado por los aullidos histéricos de la princesa, quien desde el otro cuarto pretendía forzar la puerta y entrar.

Berlah ya no podía ordenarle nada a su temida policía. El general y los hombres empezaban a dejar el asombro para convertirlo en odio hacia la mujer. En su supremo esfuerzo, antes de perder totalmente la lucidez, Berlah quiso vengarse de la persona que había destruido su obra.

Drem creyó morir cuando vio a la envoltura del príncipe apuntar con el arma de aguja a Alice. Sin esperar más, echó a correr hacia las habitaciones privadas. Ningún hombre vestido de rojo se atrevió a detenerle. Ruder, la temida nación, parecía estar tan vacía de reacciones propias como el cuerpo de Grehan.

Pero Drem no llegó a ver cómo del arma no salía ningún mensaje de muerte. Ante el fracaso, las últimas fuerzas que alimentaban el cuerpo real desaparecieron, al no poder soportar más la tensión.

## 10

—Ha sido como si de súbito una mano gigante hubiera arrebatado al planeta su aire. Toda actividad en él ha desaparecido. La gente aún no sale de su asombro. Algunos fieles aún desfilan primero ante el cadáver de Berlah y luego ante el que durante años fue su marioneta. Los invitados a la coronación están regresando a sus mundos. Ya se tienen noticias de que las guarniciones de los planetas conquistados están iniciando la repatriación voluntaria, aunque muy lentamente. Muchos, los que no se den prisa, morirán a manos de los nativos cuando éstos lleguen a comprender plenamente que el imperio de Ruder y Tres Planetas ha desaparecido el mismo día en que fue proclamado.

»Berlah quiso gobernar su planeta y no se resignó a acatar las viejas leyes que impedían que una mujer fuese reina. Cuando su hermano cayó enfermo de un mal que ella sola conocía, concibió el plan. A solas, sin que nadie la ayudase porque en nadie podía confiar, dejó que Grehan muriese sin hacer nada por salvarle. Entonces utilizó sus amplios conocimientos para salvar el cuerpo de Grehan de la putrefacción. Luego lo acondicionó para que actuase como un ser vivo, pero obedeciendo sus órdenes. Ella hablaba por él, aunque utilizando sus cuerdas vocales. El antiguo cerebro de Grehan, ayudado por la cibernética, obedecía ciegamente a Berlah. Nadie advirtió el cambio, aunque todos se dieron cuenta de que, al restablecerse el príncipe de su enfermedad, sus ideas cambiaron radicalmente. Si extrañaron un poco al principio, los adormecidos deseos de los ruderianos las acogieron pronto con alborozo. Lo que quedaba de Grehan, impulsado por la fuerte mente telépata de su hermana, anunció a su pueblo que Ruder se erigiría en cabeza de un nuevo imperio. Todos siguieron fielmente a su líder que, si antes de la suplantación ya era admirado, esta admiración creció hasta límites insospechados.

»Pero Berlah tuvo dos fallos. Lo supo o no, pero el caso es que no pudo impedir, durante la adaptación de su hermano en robot humano a sus órdenes, salvar sus ojos, sus bellos ojos azules, de los que sólo existía una muestra: el cuadro que yo vi en aquella habitación. Los nuevos ojos del cuerpo de Grehan eran distintos, de color verde. Nadie notó la diferencia porque el cuadro no era visto casi por nadie.

»El segundo fallo fue debido a la naturaleza femenina de Berlah. Aunque mujer frígida por naturaleza, sin conocer ninguna clase de amor de uno y otro sexo, debió pensar que su hermano, conocido mujeriego antes de la enfermedad que lo llevó a la muerte, tenía que proseguir sus conquistas amorosas. Tal vez pensó en que el cuerpo carente de alma no poseía las condiciones adecuadas para reaccionar ante la presencia de una mujer bonita —aquí Alice sonrió levemente— cuando ya había concluido su trabajo y no deseaba volver a comenzar. Es posible que pensara que nadie caería en la cuenta de que las mujeres habían desaparecido de la vida privada del amado príncipe. Todos achacarían esto a que se dedicaba plenamente a planificar la guerra de conquista.

»Yo comprendí durante la entrevista con la princesa estas cosas, que sólo a una mente imparcial podían aparecer claras, y no admití que una persona amante de los placeres y la paz se trocase en un ente sediento de guerra. Este cambio no podía ser consecuencia de su superada enfermedad.

»Al ver su rostro en la pantalla y comprobar que el color de sus ojos era distinto a los del cuadro, comprendí que existía algo anormal: un artista nunca cambiaría eso de su modelo. Y Berlah siempre estaba al lado de su hermano. Además, Grehan hablaba, aunque con distinto tono de voz, como ella. Berlah había conseguido sus propósitos de gobernar Ruder, aunque fuese a través de una marioneta. Para ella era suficiente.

»La situación en la zona estelar no podía continuar de esa forma. Todos los planetas vecinos estaban a punto de rendirse a Ruder, aterrorizados. Decidí impedirlo.

»Aunque parezca que corrí un gran riesgo, estaba segura de salir triunfante. Ya conocía bien la personalidad del pueblo de Ruder; sólo temía la reacción de Berlah y conseguí apartarla del lado inmediato al cuerpo que dominaba telepáticamente. Desde la otra

habitación, rodeada de un campo magnético, su poder era muy reducido. El choque psíquico sufrido por Berlah al ver destruida su sombra la fulminó.

»Ella comprendió, como yo antes lo había intuido, que todos los ruderianos y extranjeros que conocían las costumbres de antaño de Grehan, al presenciar por las pantallas visoras cómo al ofrecerse a su vista sin ropas al príncipe éste no reaccionaba, sino que se comportaba como lo haría Berlah, una asexuada, pensarían que aquel cuerpo semejante a Grehan no era el verdadero príncipe. Habían sido engañados. Lo que los ruderianos más repudiaban, ver a una hembra en el poder, gobernarles como si fuese un hombre, se había producido.

»Incluso la temible y fiel policía escarlata, que obedecía a Berlah porque ella misma a través del robot humano lo había ordenado, se sintió incapaz de reaccionar. Le importó muy poco que Berlah muriese a sus pies. Incluso no impidieron que Drem Domar, vistiendo de miembro del Orden, acudiera a la sala del trono en mi ayuda, cosa que en ningún momento precisé...

Sonó el zumbador de la puerta y Alice dejó el micrófono sobre la mesa de su despacho.

Drem, de civil, entró lentamente. Ella le sonrió.

—Sé que se marcha esta misma tarde —dijo Drem.

—Sí. Penetraremos directamente en el hiperespacio —respondió Alice, mirando agradecida a Drem. Recordaba cómo éste entró aún asustado en la sala del trono y cómo lloró al verla con vida—. Ya lo arreglé todo para que Cokh le lleve a Cetso en su nave. De allí, junto con sus demás compañeros, podrá regresar a su planeta. Para cuando lleguen ya se habrán marchado las tropas de ocupación de Ruder.

—No volveré a verla —musitó Drem.

—Eso me temo, amigo. Pero mis compañeros no tardarán en regresar. Harán un buen trabajo aquí.

—El mérito será suyo. Usted les abonó el terreno.

—Cumplí con mi deber.

—Me gustaría... —empezó él.

—No siga. Pero no me guarde rencor. Yo tengo que regresar a la Tierra, ¿no lo comprende?

Él asintió.

—Sí. Por ahí se dice que usted desea regresar no sólo por el mero hecho de volver a ver la Tierra, sino que allí la espera ese teniente... Adán Villagran.

Alice le miró sorprendida.

—¿Quién dice eso?

—Algunos tripulantes. No me haga hablar más.

Ella se levantó. Era el momento de la despedida y no debía estropearlo, aunque no le gustase que los demás hablasen de sus sentimientos. Estrechó las manos de Drem y dijo:

—Le deseo suerte. No puedo asegurar nada, pero cuando entró iba a poner en mi informe que ustedes podrán vivir ahora muchos años en paz. Pero deberán olvidar lo que Ruder ha hecho. Ya están bastante castigados sus habitantes, humillados. No olvidarán nunca lo que para ellos es la mayor vergüenza.

Drem se llevó las manos de Alice hasta los labios y las besó. A ella le parecieron aquellos besos los más llenos de pasión.

Cuando quedó sola, regresó lentamente a su mesa y volvió a tomar el micrófono. Conectó el dictado y empezó a decir:

—Aunque sólo sean conjeturas, esta gente vivirá en paz por muchos lustros. El Orden puede considerar, a través de su Alto Mando, la necesidad de organizar un acercamiento formal en esta zona estelar, aunque puedo asegurar que el peligro que estaba germinándose ha desaparecido totalmente. Las consecuencias futuras, si los proyectos de Berlah hubieran seguido adelante, eran impredecibles. Quizá nunca hubieran supuesto un serio peligro para la galaxia y el Orden; pero es mejor que toda amenaza haya quedado conjurada.

»Saldremos esta misma tarde de Ruder, en salto por el hiperespacio directo a la Tierra, en el día

LUFD-87 654

, año 1765 galáctico de la Segunda Era.

Cerró el contacto y también los ojos. Terminó por apartar la melancólica imagen de Drem y en su lugar puso la de Adán.

Sonrió.

FIN